

# El monstruo en el hueco

Ángel Blas Rodríguez

Alfonso Rubio

Colectión Artes y Humanidades



Crónicas de México D.F. y Medellín



Universidad  
del Valle

Programa ditorial

Las crónicas de *El monstruo en el hueco* rescatan, con oportunidad y agudeza, dos generos literarios que están en extinción: el informe de viajero y el medio epistolar. Un intercambio de cartas entre dos españoles, uno desde la ciudad de México y otro desde la ciudad de Medellín, donde aparecen la visión del ojo ajeno, la opinión del visitante que, gozando del privilegio de ver por primera vez un lugar y sus gentes, puede dar razón de las diferencias que encuentra con otros lugares, en especial con su lugar de origen. Es ese ojo ajeno, sensible a lo que la costumbre y la rutina no dejan ver, quien puede revelar el ciudadano asuntos propios que sólo perciben los extraños. En un cruce de cartas que se muestra innovador en un momento en que la tecnología de la red virtual ha convertido la correspondencia en un genero del asado, los autores de este libro lo retoman como medio de comunicación y explotan con sabiduría sus potenciales creativos. Hay en estas cartas de *El monstruo en el hueco* la atmósfera de intimidad, de cercanía, propia del estilo epistolar, siempre entre dos y siempre coqueteando con la intromisión de un tercero distinto al remitente o al destinatario. Crónicas para un público que va desde el científico social que espera la visión desprevenida del viajero inteligente, hasta el lector común que desde disfrutar de una buena prosa y de la pertinencia y originalidad de las historias que se narra.

*Dario Jaramillo Agudelo*



# El monstruo en el hueco

Crónicas de México D.F. y Medellín



Colección Artes y Humanidades

### **ANGEL BLAS RODRIGUEZ**

Arnedo (La Rioja, España) Doctor en sociología. Se ha desempeñado profesional y académicamente en *Marketing e investigación* en España y México. Trabaja actualmente en una multinacional española. Ha impartido clases en Masters y posgrados en varias universidades. Premio Nacional de Investigación sobre Juventus (1988). Ha publicado el libro ensayo *Poscultura y estilos de vida*, 1997 y artículos en revistas españolas de Marketing (2001, 2002, 2003 y 2005)

### **ALFONSO RUBIO**

Arnedo (La Rioja, España) Profesor del Departamento de Historia de la Universidad del Valle (Santiago de Cali, Colombia). Ha publicado los libros de poesía *Corazón cargado* (1994), *Liebre* (2003), *Lesiones* (2005) y *Como un antiguo tambor. Escrito en Colombia* (2008); *los relatos de Yerbas del patio* (2006); sus estudios literarios *La muerte a cuchillo. Un romance en el archivo: poética y realidad* (2006) y *Simulacra dispersa. Apuntes de literatura* (2008); y varios textos de especialización archivística.

ÁNGEL BLAS RODRÍGUEZ  
ALFONSO RUBIO

# El monstruo en el hueco

Crónicas de México D.F. y Medellín



Colección Artes y Humanidades

Blas Rodríguez, Ángel

El monstruo en el hueco : cartas de México DF y Medellín / Ángel Blas Rodríguez; Alfonso Rubio; introducción Darío Jaramillo Agudelo. -- Santiago de Cali : Programa Editorial Universidad del Valle, 2009.

142 p. ; 14,5 cm. -- (Colección novela)

I. Novela española 2. Novela epistolar I. Rubio, Alfonso, 1964- II. Jaramillo Agudelo, Darío, 1947- , pról. III. Tít. IV. Serie.

863.6 cd 21 ed.

A1227062

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

## Universidad del Valle

### Programa Editorial

Título: El monstruo en el hueco – Cartas de México DF y Medellín

Autores: Ángel Blas Rodríguez, Alfonso Rubio

ISBN: 978-958-670-750-3

ISBN-PDF: 978-958-5164-54-3

DOI: 10.25100/peu.529

Colección: Artes y Humanidades - Literatura

**Primera Edición Impresa septiembre 2009**

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Ángel Blas Rodríguez, Alfonso Rubio

Diseño de carátula: Artes Gráficas del Valle Editores-Impresores Ltda.

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, diciembre de 2020

*A Francisca*

*A Vivi Arce y Olave,  
a Gilberto y Wilson,  
a Critxi, Carmen y Ana.*

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**



## **EXTRAÑOS TOPOS**

La mirilla donde acabas de poner el ojo, hermano, permite acercarte a la intimidad de un tiempo vivido y compartido entre las tumultuosas ciudades del México Distrito Federal y el Medellín de Colombia. Eran los principios de este siglo XXI y, nacidos bajo astros contemporáneos y en el mismo pueblo español, volvimos a coincidir en la época de un viaje que nos trasladaría por primera vez al continente americano.

Como extraños topos en ajenos huecos, decidimos fijar y poner orden a lo que nuestra mirada no conseguía fácilmente asimilar. Nuestras cartas, entonces –unas más personales que otras, otras más descriptivas que unas; todas, al fin y al cabo, parciales mosaicos de dos monstruosas urbes surrealistas– se convirtieron en ese delgado hilo que, como la lengua de tierra centroamericana, tejía confidencias desde el hueco mexicano al hueco colombiano. Crónicas televisivas o, mejor dicho, postales de esmerado trazo –porque no fue fácil seleccionar y describir la cantidad de nuevas imágenes que a muy a alta velocidad se iban incrustando en unas desorientadas conciencias– se sucedían en un intercambio sentimental que quería ser fiel con los espejos: la ciudad en la retina que la vive y

dicta la carta-crónica, y la carta que llega a la retina distante y en correspondencia intenta devolver el reflejo de otra ciudad. ¿Nos mentimos? Ningún país es culturalmente homogéneo y, de alguna manera, tratamos de captar esa inevitable heterogeneidad, nos arriesgamos a definir, poniendo en evidencia semejanzas y diferencias, el aire de nuestro escaso tiempo, esa impalpable y efímera combinación de ideas, imágenes, pasiones y juicios de valor de los múltiples actores de un país.

Reflejos urbanos como informes de dos escribanos viajeros que no recurren a un final teatralizado para interrumpir su correspondencia o decirse adiós. La sombra de nuestras ciudades es alargada e interminable, se alimenta de innumerables historias y de días nuevos en los que arrecia la sorpresa para poder volver y volver a escribir al amigo, sin adioses.

Ciro Mendía, el seudónimo de Carlos Mejía Ángel, un poeta nacido en el pueblo de Caldas de la Antioquia colombiana, en su largo poema *México a la vista*, desde un avión noctívago, su corazón acoge el México másculo que abajo está, el México “ardiendo de leyendas, tatuado de locura,/ de música y de fuerza [...]” Este, hermano, es el comienzo de las cartas que estás a punto de abrir y que lentamente envolverán tus ojos con la piel de un monstruo polimórfico y rapaz que aparece de la nada y en todos los rincones puedes encontrar... No temas, a tu salud alzaremos una copa repleta de un mezcal o aguardiente de fuego escandaloso.

*La ciudad con su aliento me cayó a la medida.  
-Me sirve –dije, y luego  
salí de ella vestido.*

*Ciro Mendía*

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## **GALAXIA DISTRITO FEDERAL ¡BIENVENIDOS!**

Querido Alfonso:

Por fin, por fin aterricé en México Distrito Federal. Un largo y cansado vuelo que siento en tus propias carnes lanzadas rumbo a Medellín; un vuelo, el tuyo, del cual me gustaría, como sabes, recibir noticias. Mi primera travesía transatlántica ha sido una carrera contra el sol en la que no cesas de imaginar cómo será lo que allí espera. Y cuando llegas, nunca, nunca estás preparado.

La ciudad más grande del mundo me acogió tumultuosa. Sí, esa fue la primera huella clavada en mis retinas, el tumulto de gentes y automóviles que oteaba a través de la ventanilla del taxi que me trasladó al hotel; imágenes velozmente efímeras que mi mirada se resistía a perder, detalles captados al vuelo rasante mientras luchaba por mantener la conversación con el taxista. Nada indicaba, entonces, que estuviera desplazándome entre veinte millones de habitantes. Aquí parece haber espacio para todos porque, una vez en tierra, predominan en el paisaje urbano las viviendas unifamiliares, de baja estatu-

ra, que visten a la ciudad de un horizonte amplio y abierto al cielo azteca. Y es que Distrito Federal es una obra hecha para mirarla desde lo alto, es la orografía humana más aérea que podamos imaginar.

Cuando el viaje abordó su tramo definitivo, al dejar atrás la costa de Veracruz, la gran urbe se anunciaba ya tierra adentro. Con luz de atardecer y sobrevolando un mar de nubes apergaminado que ocultaba la tierra deseada, de pronto apareció el faro de humo que proclama la ciudad de México: el volcán Popocatepetl. El Popocatepetl es un volcán de postal. Piensa en la forma ingenua de los volcanes que dibujábamos en nuestro tiempo escolar, Alfonso; piensa en el perfil de nuestra Peña Isasa, el pico montañoso a cuyos pies crecimos, que después conquistamos con nuestros amigos y finalmente desbordamos para vivir tras él, en el pueblo abandonado de Navalsaz, las mejores aventuras de nuestra adolescencia. Por eso, cuando el comandante del avión nos anunció que detrás de la impresionante montaña se encontraba nuestro destino, una renovada melancolía del descubrimiento me estremeció y me hizo sonreír.

El espectáculo es la representación onírica de una pretérita película de Hollywood: un infinito vacío de luz macilenta en el que sólo se erige, entre brumas de colores en fuga, la isla cónica del Popo, *Don Gregorio* para los indígenas. Más de cinco mil metros de altura arrojando humo, eructando entrañas gasificadas, avisando a los viajeros del aire que acabarán el viaje postrados a sus pies. Desearías que el avión se detuviese, desearías que girara en torno a él para admirar lo que las imágenes fotográficas o las televisivas no transmiten: inmensidad y fuerza contenida.

La Ciudad de México no puede entenderse sin el Popocatepetl. Aunque se encuentra aproximadamente a 80 km dis-

tante de ella, su altitud hace inevitable su presencia. El Popo es la puerta del cielo de esta megalópolis. Es el Olimpo de sus dioses prehispánicos. Es la naturaleza bruta de México, la irredenta, la que nunca resultó mestiza. La ciudad lo respeta y lo teme. Es como si la urbe se hubiera hecho tan grande para estar acorde con las dimensiones de su faro. Pareciera que se contaminara a propósito para crear una atmósfera opaca que borre su visión y, con ello, su temor. La sombra de Don Gregorio no llega a la ciudad, pero las cenizas de sus exhalaciones, en ocasiones, tienen que ser barridas de sus calles.

Una vez que el avión toma la referencia de este faro mítico, se sumerge entre las nubes y, cuando las pone sobre sus alas, entonces... ¡comenzó el espectáculo que este viaje tiene reservado a sus pasajeros: la ciudad más grande del mundo bajo nuestra miradas! Es una imagen que nunca olvidarías, amigo. El valle de México es un inmenso espacio cerrado por altas montañas y volcanes extinguidos. La ciudad ha ocupado todo el valle y lo ha rebasado adosada a su relieve. Nuestra aeronave la sobrevuela largo tiempo y el rastro urbano nunca acaba. Sobrecogedor. Cientos de miles de casas bajas discurren abrazadas. El color gris plomizo de las azoteas —aquí no existen tejados a dos aguas como nosotros los conocemos— pinta el valle y en las claras avenidas transcurren otros colores inquietantes entre los que predomina el verde plástico de los taxis. Avenidas inundadas de automóviles donde antes transitaban los canales de Tenochtitlán, la capital azteca, la urbe primigenia, construida sobre el lago que la actual ciudad se bebió.

A medida que vamos tomando tierra, las distintas partes de la ciudad presentan sus respetos al viajero. Así, a primera vista, sobre la armonía constructiva general, se pueden observar los detalles del perfil urbano: las laderas de las montañas rebosan el caos de la pobreza, con casas remendadas y calles

estrechas y tan empinadas que no hay carro posible que las suba. El *carro*, sí, como ya sabrás, nuestro *coche*. En el centro de la ciudad predomina el tono ocre, las iglesias alzan su voz de piedra con tejados oscuros y emerge el gran espacio vacío de la plaza del Zócalo, inmenso cuadrado donde mi vista se aposentó un momento a descansar. Por otro lado, los centros financieros son fácilmente reconocibles, pues las catedrales de los negocios se erigen desafiantes a los terremotos con modernos edificios de destellos metálicos y diseños proyectivos que compiten por el poder de la estética urbana. Y más allá, otras partes enseñan lindos jardines que adivinan oasis de opulencia a la sombra de casas exuberantes, seguras candidatas a la portada de revistas de decoración.

El avión seguía descendiendo sobre una ciudad sin límites, sobre una construcción sin fin. Mi cabeza buscó alguna referencia en la cual pudiera encajar aquel espectáculo de dimensiones inhumanas y lo encontré, de nuevo, en mi primera juventud: en aquella pantalla del cine Celso Díaz, acuérdate, cuando la nave nodriza de *La guerra de las galaxias* surcaba el espacio intergaláctico. Aquella tarde dominical visité la sala con el espíritu excitado por recordar el viaje a la luna de Julio Verne en su novela *De la tierra a la luna*, y salí de ella pletórico de un nuevo mundo, el mundo del espacio estelar y de su majestuosa nave nodriza. Parecía que toda la humanidad se hubiese concentrado en ella y que el resto del universo estuviese anclado a su alrededor. No era la nave nodriza la que se movía, eran los planetas y estrellas quienes giraban en su contorno. Y eso mismo sientes al descubrir Distrito Federal desde el cielo.

Cuando ya nos encontrábamos sobre las azoteas, no creí que allí abajo hubiera un aeropuerto, más bien temía que fuera a aterrizar en una de esas largas avenidas –la hay de hasta



sesenta kilómetros— que entonces observaba próximas. Las naves vigías, diminutos objetos voladores, recorrían veloces la superficie de la nave nodriza, una geografía metálica llena de similares formas geométricas que transcurrían a gran velocidad bajo sus alas y que nunca terminaban. Finalmente, ese planeta artificial abrió un hueco donde las naves se aposentaban. Finalmente, la Ciudad de México abrió un hueco donde mi cuerpo y mi mente de Viejo Mundo, otra vez adolescentes, aterrizaron sus ansias de descubrir, con el permiso del Popo, la nave nodriza más grande del mundo.

Un fuerte abrazo,  
Blas

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## **MEDELLÍN**

### **LA ESTRELLA MÁS INQUIETA**

Querido Blas:

¡Qué dicha la de ser pasajero, después de cierto tiempo –y perdona por el retraso– supongo que ya no tan extraño, de tal nave nodriza! ¿Tan descomunal? Te envidio, sintiéndote envuelto en maravillosas visiones flotantes producidas por el Popocatepetl, te envidio. Mi aterrizaje, sin embargo, creo que fue absolutamente terrenal. Tan terrenal que todavía –mi estancia prevista, como sabes, era de menor tiempo– continuó pisando la cordillera central andina que acogió mis últimos, creo, desvaríos de una que ya era ficticia juventud. No sé qué clase de resistencia producían los recuerdos deleitosos en esta avanzada edad que aquí, sigue deleitándose.

Sí, aunque no sé si fácil o difícil imaginar desde tu geografía mexicana, estoy en Medellín; como sabes, el bullicioso Medellín de Colombia. Por supuesto, no el extremeño, ese diminuto enclave español, como diría *Extremoduro*, en tierra de conquistadores. Medellín, en la época de Pablo Escobar –recuerda los noticieros españoles–, ahora, después de sucesivas

variaciones y permutaciones de tardes, noches y madrugadas etílicas en bares o barrios con sus habitantes, sí puedo certificar que “la ciudad más peligrosa del mundo”. Esto, también me lo dijeron en sus libros escritores como Juan José Hoyos, Darío Jaramillo, Fernando Vallejo o, sencillamente, Jorge Franco:

Medellín, mi ciudad, estaba enloqueciendo, había caído seducida por una alucinación, todos caímos confundidos por el espejismo del dinero, de la droga y el poder, y cuando aparecieron los síntomas de la demencia ya era muy poco lo que podíamos hacer por nosotros mismos [...] Una explosión diferente nos sacudía los huesos y nos arrinconaba, casi a diario [...] A mí me agobiaba entonces una desazón doble: un abuelo perdido y dos amigos muertos a punta de bala. Y la amenaza permanente de ser yo, o alguien querido, la próxima víctima de la ruleta rusa en que se había convertido Medellín.

Pero no nos asustemos. Aunque todavía persisten las voces del miedo, las voces de Álvaro Mutis, la del ahorcado de Corcora, la del anciano minero que murió de hambre en la playa cubierto inexplicablemente por brillantes hojas de plátano; la de los huesos de mujer hallados en la cañada de La Osa; la del fantasma que vive en el horno del trapiche; aunque todavía..., no nos asustemos. Desde la muerte del narcoapóstol Pablo, el 2 de diciembre de 1993, las dinámicas urbanas han cambiado al mismo endemoniado ritmo laboral con que todo bicho viviente en este valle se rebusca la platica. Comparado al ritmo de otras grandes urbes colombianas como Cali, Cartagena, Barranquilla o, incluso Bogotá la capital, vertiginosamente.

Medellín ahora se muestra acogedora, rebosante de pintorescos rincones donde no falta la tiendita o el puesto ambulante ni el verde reverberar de la planta o el árbol. Eso sí, tienditas y hogares asegurados siempre con férreas celosías en los huecos de sus ventanas y puertas. Será difícil decir adiós a la desconfianza y la tensión todavía subyacentes en un hormiguero montaña-

so de casi, junto con su área metropolitana, cuatro millones de habitantes.

Sí, sí, lo sé. Perdona, Blas, este desorden expositivo, pues prácticamente sin aterrizar, te paseo de lleno por las calles de la ciudad. Como te decía, llego al aeropuerto de El Dorado, en Bogotá, al anochecer de un día de mitad de julio. Tal vez aquí el único reparto equitativo dado sea el establecido de por vida entre luz y oscuridad. Regularmente, la luz se apropia de doce horas diarias (de 6 a.m. a 6 p.m.) y la oscuridad, de las otras doce.

Al nerviosismo propio de pensar que estaba en Colombia, con toda la carga negativa que todavía representa nombrar este país: guerrilla, parapolítica, narcotráfico, pobreza, violencia y corrupción; a mi estado de incertidumbre, como te digo, le aumento la temperatura tomándome un –todavía no sabía– “Café del Quindío” que me acelera el ritmo cardiaco hasta el punto de olvidar las diferencias horarias con España. En escaso tiempo ya estaba subido en el avión que en menos de 45 minutos me llevaría al aeropuerto José María Córdoba, en el altiplano de Rionegro, una población cercana a Medellín. Como los indígenas embera que una vez fueron traídos desde el Departamento del Chocó, desde el vuelo nocturno también me preguntaba qué hacían ahí abajo, dentro de un gigantesco contorno iluminado que delimitaba Medellín, ¿qué hacían ahí abajo tantas estrellas?

En el aeropuerto, entre una atmósfera de luz mortecina y colores ocres que envejecían el decorado, me esperaba Paola Andrea Ramírez, profesora de la EIB (Escuela Interamericana de Bibliotecología) en la Universidad de Antioquia, la institución que cobijaría mi estancia académica de tres meses. Me encontraba entre el montón de los colombianos que regresaban de la madre patria y se les recibía con infinidad de emo-

cionantes aullidos familiares, cuando en las manos alzadas de la enmudecida y sonriente Paola leí mi nombre escrito en un discreto cartel. Sólo después de las presentaciones y acordar la dormida de mi primera noche colombiana, fue cuando supe que debía retrasar mi viejo reloj español siete horas. Ya ves, seguía perdido, muy nervioso y... podría seguir detallándote en sumo grado cada uno de los momentos extraños que viví para hacértelos tan cálidos como el aire que ahora respiro, pero temo agotarte si lo hago. Recorramos sólo la fría estructura de los acontecimientos y si te describo estos primeros momentos es porque creo me acompañarán durante el resto de mis días.

Paola Andrea, mi tutora en la EIB, vivía en una vereda de Ríonegro y allí nos dirigíamos. Con la noche ya cerrada, en un paseo por caminos montañosos que ya se me hacía pesado, repentinamente el taxi que nos transportaba tuvo que detenerse. Habíamos topado con un control del ejército colombiano: un jeep y cuatro soldados de armamento bien equipados. El registro fue minucioso y en lo más íntimo me habían vaciado. Un jeep destartalado, unos soldados como enormes sombras que en mis referentes personales procedían de alguna de las guerras mundiales, el juego inquietante de las luces de sus potentes linternas, el rostro resignado de Paola y mi intimidación atemorizada..., como Céline “nada que decir. De golpe acababa de descubrir la guerra en su totalidad. Me habían desflorado. Hay que estar casi solo ante ella, como yo lo estaba en aquel momento, para ver perfectamente a la muy puta de frente y de perfil”. Créeme, no exagero, Blas, no exagero. Después de 37 años acostumbrado a vivir en paz, sin sorpresas de este tipo, podrás imaginar.

Más tarde, en casa y en compañía de Luis, el esposo de Paola, se me haría saber de muchas cosas que realmente no digería: de fincas usurpadas en la zona, de desalojos forzados,

de secuestros, de tanta inseguridad producida por quién sabe quién y sin sentido. Los estigmas colombianos ya eran signos en mi conciencia. La noche, Blas, fue interminable. Desvelado, pasé frío en la vereda y la lana de mis cobijas sólo me envolvía con el pensamiento de un viaje incierto que acababa de comenzar.

Un cálido abrazo,  
Alfonso

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**



## **EL MONSTRUO EN EL HUECO**

Querido Alfonso:

¡Cómo creo entender, desde aquí, las zozobras de tu estreno en la inquieta Medellín! Si esa crónica de la llegada la hubiese recibido en España, tus sentimientos habrían vagado a flor de piel, sin embargo, en este momento parece que viviéramos en distintos barrios de una misma e imaginaria ciudad latinoamericana, por eso los tengo alojados en mis entrañas. Mientras te leía has hecho que comparta contigo un “Café del Quindío” y mi presión arterial alterada ha acabado por poner rostros y colores a las geografías del miedo colombiano. Supongo, Alfonso, que después de este tiempo ya habrás encontrado brújula y guías para orientarte por las veredas más seguras de tu nuevo valle.

He de confesarte que también a mi me recibió el temor con carteles modestos y casi imperceptibles. Y no me refiero al temor de los prejuicios, de las imágenes forjadas en el fuego periodístico, sino al que te infunde el contacto con la Ciudad de México. Todavía tengo el recuerdo epidérmico del aire húmedo de las seis de la mañana en mi primer paseo por los

alrededores del hotel. Aunque llegué a él muy entrada la noche desde el aeropuerto, el cambio horario y la ansiedad por la tierra nueva me lanzaron a la calle sin más rumbo que la intuición. Quería que mis piernas se desentumecieran de tan largo viaje, que mis pulmones se acostumbraran a los 2.300 metros de altitud y que mis ojos cazaran los detalles más vivos de aquel organismo urbano que comenzaba a agitarse con el alba.

Descubrí las avenidas llenas de *escarabajos* verdes y amarillos, esos románticos coches Volkswagen que tanto nos gustan a los europeos por su simpática forma y que tan difíciles son ya de ver en nuestras ciudades españolas. Me penetraron los olores de carruajes de madera transformados en puestos callejeros efímeros donde, bajo bombillas de alto voltaje que los destacaba como apariciones en la penumbra de la madrugada, se preparaban para dar de desayunar a quien se lo propusiera. Me topé, para mi sorpresa, con un camión de la basura en cuya parte trasera exhibía un cartel muy visible que proclamaba *Con amor*, y que estaba organizado a la manera de un retablo de los Santos Desperdicios: grandes alforjas añadidas a sus lados y un contenedor artesanal en su techo donde los operarios, repartidos por todos los niveles del camión, separaban incansables y a una velocidad de vértigo los materiales de la noche: vidrio, latas, cartón, papel y otros tesoros inesperados que luego venderían por su cuenta. Contemplé comercios que en vez de rótulos luminosos apuestan por el marketing local de los rótulos pictóricos –es habitual que las tiendas de barrio no tengan escaparates–, murales menores de fuertes colores mexicanos y claras palabras. Tropecé con árboles tropicales que revientan las aceras con sus raíces como queriéndose marchar de allí y a los que nadie parece atreverse a cortar... Un paseo agradable y amable hasta que volví al hotel, cuando, al

pedir un plano de la ciudad, me regalaron, además, una cartografía del desasosiego: la próxima vez “ándeles con cuidado, nomás, es peligroso”.

Como tú dices, tantos años viviendo en paz y de repente una bofetada de otra realidad: la tensión social producida por un sistema de delincuencia que se adhiere a la ciudad como su propia contaminación; es tan común que no se ve, pero se siente. Existe un relato oral de los acontecimientos dolorosos que circula como la pólvora y del que todo el mundo participa a la manera de voceador de productos en los semáforos. No es difícil conocer a alguien que ya ha sido víctima de la violencia de la ciudad y, por supuesto, los periódicos están jalonados a diario de *muerte a cuchillo*, balaceras, secuestros exprés, violaciones, rapto de niños, robos en bancos, comercios y casas, discusiones de tráfico sangrientas, asaltos armados al autobús..., tan común es que las noticias sobre ellos son de formato pequeño, el segundo plano de una realidad social que tiene tres dimensiones: la de los políticos, la de los medios de comunicación y la de los demás. Sin embargo, Alfonso, nado desorientado en la paradoja: esa bofetada de temor me hace sentir más vivo que nunca. Y no hablo de la adrenalina de un deporte de riesgo. La tensión de la alerta permanente, de la conciencia de mi debilidad, me lleva a disfrutar más de lo cotidiano y comienzo a relativizar y a valorar las cosas que me rodean de otra manera. Y es entonces cuando creo comprender mejor la filosofía vital de los mexicanos enfrentados, en su historia y en su día a día, a la vulnerabilidad de su economía, de su salud y de su propia existencia. Un medio ambiente social de decadencia perenne que los hace hijos de lo barroco, ¡excesivos! Excesivos en su disfrute de la vida cotidiana: les gusta el espacio público, los escenarios donde interactuar —te palpan con la mirada, te abrazan con las manos, te agasajan con la palabra—, donde compartir la plática amable, seria o joco-

sa, la “chanza” de hacer dramaturgia de cada momento sin importar el qué venga después, y conocer gente, compartir cerveza y tequila para convocar placeres fugaces e inventar albuces para espantar los males de la vida cotidiana. Pero también excesivos en su honor, en su temor y en su necesidad, hasta el punto de matar o morir por ellos.

El propio tamaño inhumano de la ciudad promueve el fenómeno permanente de la violencia. Tantas gentes conviviendo juntas, tantas generaciones sintiendo el mismo temor que la inseguridad ciudadana se ha fosilizado en Distrito Federal, por eso la sensación de ella es tan real como los propios hechos que la definen. ¿Crees que se podría explicar así en Medellín? Esa sensación de miedo llevadero se ha convertido en el verdadero monstruo de las mentes: la imaginación colectiva ha dado cuerpo a un ente que encarna toda la violencia posible. Un ente que acecha de día y, sobre todo, de noche. Muchos saben ya cómo es y a los que no, se lo cuentan. Es un monstruo polimórfico, multicolor, escurridizo pero rapaz, que aparece de la nada y se le puede encontrar en todos los lugares. Su cuerpo está hecho de tarjetas Visa, carteras de cuero, billetes de colores, relojes de hora en punto, oro y plata fina, chamarras de marca; transporta armas de fuego y armas blancas, huele a pólvora, sangre oxigenada y fluidos genitales; conduce coche sin matrícula y escucha música de lloros y sirenas.

Esta cultura de la violencia viene de muy atrás, hasta el punto de que tiene una dimensión religiosa. Me tiene fascinado una tipología de exvotos populares pictóricos llamados comúnmente *retablitos* o *milagritos*, de los que estoy convirtiéndome en un pequeño coleccionista, nada original por otra parte. Consisten en planchas de latón, pintadas por artistas locales de estilo propio, con la representación casi periodística de un milagro que la gente común agradece a una Virgen,

Cristo o Santo, y cuyos hechos se detallan con palabras al pie de la escena. Se pueden encontrar a cientos colgando todavía sus historias de muchas iglesias y santuarios mexicanos desde hace más de dos siglos. Son escenas de alto contenido dramático que reproducen los problemas más habituales de la vida cotidiana de los mexicanos y que no han dejado de repetirse en el tiempo: enfermedades, accidentes, falta de trabajo, guerra, emigraciones... y también un género con entidad propia, el de la violencia social. Los más de ellos son de personas que dan gracias por salvarse de un asalto a punta de pistola o cuchillo, como estos tres ejemplos literales, muy distantes entre sí en el tiempo, que hablan por sí mismos:

En el mes de abril de 1860 habiendo sido sorprendido en la calle a las 11 de la noche Ambrosio González por los ladrones, uno le dio un garrotazo en el brazo, otro le dio una cuchillada en la cabeza, a más de 3 piquetes en el mismo punto, y su esposa lo encomendó al Sr. de la Misericordia, de la que tuvo suerte de quedar bueno.

En la ciudad de Sn Fran<sup>co</sup> del Rcon, el 19 de Dbre de 1905, Don Atilano Reyes sufrió un balazo en el brazo derecho hiriéndole el costado superficialmente, y el agresor quería descargarle más tiros, mas, él, invocó sin cesar a M<sup>a</sup> Santísima de San Juan y lo dejó libre y al poco tiempo sanó. Y en prueba de su eterna gratitud le dedicó este retablo.

Milagrosa Virgencita de Talpa, te doy infinitas gracias por haberme librado de morir a balazos. MILAGRO PATENTE. M<sup>a</sup> Dolores Brenes. Mayo 08 1964.

El resultado de tan añeja tradición de crueldad en esta sociedad, Alfonso, es que los ciudadanos han perdido la calle. La calle se ha convertido en un gran hueco. Y cuantos más huecos tiene la ciudad menos pertenece a sus habitantes. Un hueco es aquel espacio imprevisto, fuera de control, que sólo

lo posee quien consigue ocuparlo. Y ¿quién los ha ocupado en esta ciudad y en todo México? La corrupción, amigo, la corrupción y la desigualdad social, las pandemias que alimentan al monstruo. Las dos grandes lacras de América Latina. Dos venenos que gangrenan la convivencia social, dos excavadoras sucias y altamente contaminantes que han abierto grandes zanjas que inmovilizan el desarrollo económico del país y sus familias, la educación, la justicia, la igualdad de oportunidades... No pierdo la esperanza de que algún día sabrán acabar con ellas.

En el caso de Distrito Federal, sus gentes, llamados comúnmente defeños, han tenido que ceder grandes huecos a este monstruo y ya no saben cómo recuperarlos, aunque lo están intentando con movilizaciones sociales. De día, los huecos se reducen al mínimo: todo se mueve sin cesar y en el movimiento está la confianza. Las calles del Distrito Federal son como un mural al natural: cuando conoces la deslumbrante pintura muralista de Diego Rivera, el artista más defeño, descubres que no tiene huecos, los personajes son el escenario y nadie es banal en la historia que el autor nos relata. De noche, sin embargo, los personajes de esta megalópolis la abandonan, los huecos de la ciudad y de la imaginación se expanden y el monstruo del temor campa a sus anchas.

Los mexicanos hacen una transfusión de color a todas las cosas de su vida y existe, para este caso, un color arrancado de los murales con el que se trata de cubrir los huecos: el azul vigilante de los guardas de seguridad y de los policías. Y digo se trata porque los ciudadanos ven a veces en él la propia encarnación del monstruo. Un azul vigilante con arma en ristre, estatuas disuasorias de fuego metálico. Este color es omnipresente. No se camina más de cien metros sin cruzarse con discretas pero evidentes pistolas y rifles. ¿Cuántas más estarán

escondidas a la vista? Esta gama de azul produce la contradicción paradójica de la protección y el recuerdo de aquello que acecha. Otros lugares presentan una cara más amable, con camisas blancas, impecables, anunciando paraísos en el interior exentos de peligros. Jugadores de guerra preventiva, al fin y al cabo, como los demás.

Si sobre el mapa de la ciudad se marcasen de manera estrellada todos los lugares donde hay un punto estable de vigilancia, parecería que el firmamento cayó sobre la tierra. El conjunto de estrellas armadas aportadas por comercios, bancos, instituciones, viviendas, forman una constelación, la del monstruo: un oculto signo del zodiaco bajo cuya influencia han nacido todos los capitalinos. Un símbolo zodiacal, Alfonso, que al parecer acompañará inevitablemente a nuestros destinos en este lado del Atlántico.

Un fuerte abrazo y cuídate,  
Blas

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**



## **ABURRAE CIUDAD**

Querido Blas:

Por fin, después de recorrer incontables largas curvas para descender de Rionegro, piso la ciudad de Medellín, capital del Departamento de Antioquia, al sur del mismo. Ciudad forjada sobre el Valle de Aburrá, que está delimitado por las dos grandes cadenas montañosas en las que se divide la Cordillera Central de los Andes. También, como ves, me encuentro en un hueco, y éste del que te hablo –metáfora y no del tuyo– es una depresión profunda y alargada, pero permíteme en este nuestro diálogo que ejercemos como extranjeros, que en otro momento te hablo –de alguna manera me precipité a hacerlo en mi primera carta– de ese monstruo polimórfico, multicolor, escurridizo y rapaz que es el miedo a ser víctima de la violencia urbana. Ese es el monstruo, la violenta violencia que se arrastra del pasado y todavía se respira en el presente.

Las montañas tropicales son variables y diversas, un mosaico dinámico de relaciones jerárquicas e integradas, expresadas en procesos geomórficos, climáticos, biológicos y ecológicos. Y a estas características se integra activamente la diversidad

cultural y social, con sus relaciones recíprocas históricamente desarrolladas. La montaña es una estructura dinámica continua, tanto vertical como horizontal, evoluciona en el tiempo geológico e histórico y configura espacios geográficos complejos. Y es aquí, en las montañas tropicales, no sólo colombianas, sino de toda América Latina, donde se dan los mayores niveles de asentamiento poblacional. Actualmente las montañas colombianas albergan cerca del 70% de la población del país. Han crecido en su seno múltiples enclaves humanos, bajo una eclosión urbana no soñada.

Concédeme el permiso, Blas –conocido es tu sincero interés por la historia–, de retomar torpes apuntes de uno de mis trabajos académicos, en el que sentirás el cambio de estilo literario con el que venía escribiéndote, para decirte, resumidamente, que este valle del que te hablo ya ofrecía a los españoles colonizadores y fundadores de la villa de Medellín una estructura de ocupación consolidada, un espacio organizado, ordenado y manejado bajo unas determinadas estructuras económicas y culturales, con redes de comunicación y mano de obra conocedora de la geografía y el clima donde se desarrollaba. Era la mano de obra de los indios aburraes. En el interior de la Cordillera Central antioqueña podríamos hacer la siguiente distribución de asentamientos según las diferencias culturales de cada uno de los grupos:

1. Entre los ríos Nechí y Cauca: nutabes y tahamíes.
2. Entre los ríos Nechí y Cimitarra: yamesíes y guamocoos.
3. En el valle de Aburrá y altiplano oriental: aburraes.
4. En la vertiente del Magdalena: pantágoras y amaníes.

El Cauca y el Magdalena, algún día tienes que visitarlos. El Magdalena fue navegable durante una época y... ¿sabes quién se lo disfrutó en los años 50?, Caballero Bonald. Me asombra la cantidad de pueblos distintos que podíamos encontrar en escaso espacio, ¿no crees? Eran vidas plurales, con toda seguridad interconectadas, en plena ebullición. A pesar de las dificultades para clarificar la filiación etnolingüística de las distintas culturas, las discusiones sobre la afiliación de los grupos de Antioquia giran en torno a los filum caribe o chibcha, y a los aburraes se los cataloga como chibchas.

En el contexto geopolítico prehispánico y durante la Colonia, el valle mantenía una posición estratégica respecto de las cuencas de los ríos Cauca y Magdalena. Su posición geográfica, la red de caminos que lo atravesaban y su abundancia de fuentes de sal y mejor calidad de sus suelos para la agricultura, debió convertirlo en una zona clave para el establecimiento y control de las relaciones sociales y el intercambio de excedentes con otros grupos y otras zonas. Así nos lo hace saber, con exquisito estilo, el cronista Pedro Cieza de León en su *Crónica del Perú*:

Hay en este valle de Aburrá muchas llamadas; la tierra es muy fértil y algunos ríos pasan por ellas. Adelante se vio un camino antiguo muy grande y otros por donde contratan con las naciones que están al oriente [...] En este pueblo de Mungia, desde donde atravesamos las montañas y descubrimos el Valle de Aburrá y sus llanos, y en otro que ha por nombre Zenufará hallamos otras fuentes que nacen junto a unas sierras cerca de los ríos, y del agua de aquellas fuentes hacían tanta cantidad de sal, que vimos las casas casi llenas, hechas muchas formas de sal, ni más ni menos que panes de azúcar. Y esta sal la llevaban por el Valle de Aburrá en las Provincias que están al Oriente. Y con esta sal son ricos en extremo estos indios.

Llegamos nosotros y la jodemos. La expedición de Jorge Robledo salió de Arma a finales de junio de 1541 a descubrir, conquistar y poblar tierras de más al norte, buscando encontrar los límites de la gobernación de Cartagena. Llegan al pueblo salinero de Murgia. Desde ahí Robledo envió a su capitán de caballería Jerónimo Luis Tejelo a reconocer las montañas que circundaban el pueblo de Murgia o de la Sal (la actual Heliconia) y en el mes de agosto, Tejelo, con “cierta gente de pie y de caballo” descubren las tierras del Valle de Aburrá, donde tenía asiento un grupo de aborígenes. Te comparto la crónica de Juan Bautista Sardella, escribano de Jorge Robledo, repetida hasta la saciedad en las historias coloniales de Medellín:

Y el capitán sabido [Jorge Robledo] se partió de allí [Arma] e vino al pueblo de aquellos indios que le habían a ver, que se dice en su nombre Murgia e nosotros le pusimos la de la sal porque se halló mucha infinidad de ella, de manera de panes de azúcar, algo morena, hecha de fuentes saladas que ellos tenían; e aquí estuvimos cuatro o cinco días donde vinieron todos los indios de paz con mucha comida a algunos presentes de oro. Desde aquí el capitán envió a Jerónimo Luis Tegelo con cierta gente de pie y de caballo a que por un abra que la cordillera de las sierras nevadas hacía, las pasase [...] El cual fue y las pasó y aquel día fue a dormir sobre un valle, que en lo bajo del parecía haber cierta población [...] y los indios los divisaron; y como los vieron tocaron sus atambores e bocinas e juntáronse hasta mil indios [...] la gente de a pie lo hizo bien que con la ayuda de los de a caballo, rompieron a los indios y les metieron en el pueblo e se metían en los bohíos [...] E aquel mismo día los naturales se tornaron a rehacer e se juntó un escuadrón de fasta tres mil indios e vinieron fasta el pueblo [...] salió otra vez a los naturales e tuvo con ellos otra guazabra [...] y desta vez quedaron tan hostigados que nunca más tornaron al pueblo.

Como los mensajeros que Jerónimo Tejelo envió llegaron donde el Capitán estaba y le dieron mandato de lo que había subcedido, se partió luego con todo el real para allá, por amor de los heridos y porque allí había comida de maíz para más de dos meses e se

aposentó en él, donde los bohíos sin lo que en el campo estaba se halló muchas infinidad de comida así de maíz como de fríjoles, que casi son como alberjas, e muchos cories, son como conejos, salvo que son más chiquitos que tienen muy lindo comer, e muchos perros medianos [...] Esta Provincia se llama en nombre de indios de Aburrá y le pusimos por nombre el Valle de San Bartolomé; aquí estovimos quince días en los cuales por llamamiento del capitán le vinieron todos los indios de paz, e sirvieron a los españoles e así mismo vinieron otros pueblos a este comarcanos.

Perturbamos la convivencia original y hacemos uso del santoral para nombrarnos y nombrar la tierra que pisamos. Recuerdo bien cuál es el día de San Bartolomé, pues el segundo nombre de mi padre lleva el del santo por nacer un 24 de agosto. Imposible escapar a la tierra. Mejor dicho, antes, la distancia –y más la distancia de vivir en la historia de la América del Sur que se me hace tan presente– me vincula más a ella. Por cierto, hablando del santoral, aquí las fiestas religiosas se han mantenido desde tiempos coloniales y lógicamente son coincidentes con las católicas españolas, pero la Ley Emiliani (Ley 51 de 1983), conocida así por ser el ministro Raimundo Emiliani Román (1914-2005) quien la propuso, traslada la mayor parte de los festivos religiosos a los días lunes. Emiliani la sustentó como una manera de contar con mayor productividad en el país y facilitar los viajes turísticos, pues junto al sábado y al domingo, podemos contabilizar tres días de descanso consecutivos, lo que popularmente se conoce en Colombia como *punte*. Pero con unos altísimos índices de paro laboral y de pobreza, ¿quién produce y quién viaja aquí? La platica para el ron y el aguardiente nunca falta, así que las farras en estos puentes donde lo que más abunda es la desidia, son impresionantes. Je, je, cantemos juntos: *...si no fuera por Emiliani nos quedaríamos con las ganas... ¡de tomar chachá... de tomar chachá...!*

Pero volvamos a la Conquista. Imagínate, o imagínate –pronúnciala llana, como aquí se pronuncia–, a pesar de las posibilidades que ofrecía el Valle de Aburrá para ser habitado, los españoles no hicieron aquí fundación alguna y la falta de oro –“no comen carne humana y son indios pobres que tienen poco oro”, decía el mismo cronista Sardella de los aburraes– podría ser la principal razón de ello. Dentro de la jerarquía e intereses del conquistador, este valle no adquiere importancia para él. La expedición de Jorge Robledo siguió su marcha hacia el norte, donde descubrieron tierras de oro y en diciembre del mismo año de 1541 fundaron la ciudad de Antioquia. Sin embargo, sólo habrían de pasar tres décadas para que desde la ciudad de Antioquia se comenzase a solicitar tierra para fundar hatos ganaderos en el Valle de Aburrá, intentando resolver la problemática del abastecimiento de alimentos y comenzando así todo un proceso de formación y apropiación del espacio agropecuario que desembocaría a fines de 1675 en la fundación de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín...

La ciudad cayó sobre los aburraes. La ciudad que diariamente se agiganta sin predicción posible sobre sus traiciones sentimentales. El corazón original que fue la ciudad, abaricable, andadero, es ahora un órgano multiforme al que da miedo preguntarle por sus calles, por sus parques, por aquello que fue una calle empedrada, una plaza, una fuente... Es el miedo a que te respondan las voces afiladas del asfalto, la geometría asesina del concreto o el chirriante rascacielos que se levanta en el rincón donde hasta ayer –durante muchos, muchos años– Aida vendía licores. En Medellín, más todavía cuando la vida es prácticamente propiedad de los barrios, creo que se respira cierta nostalgia por ese lejano pueblito que el tiempo iría poblando, como diría Jorge Mario Betancur, con “moscas de

todos los colores”. Pero sus dinámicas son semejantes a las de una tumultuosa capital y traga con ansia y apresuradamente. Sólo quienes nacimos en la aldea, Blas, encontramos en ella el sabor apacible de lo que nunca cambia, las remembranzas infantiles en unos escenarios poco distorsionados por el tiempo: el río, la plaza, el castillo, el cementerio; y con unas gentes –vecinos, amigos y familia– con el mismo rostro en el rostro de sus hijos. La ciudad cayó aquí sobre una tribu mayor a la nuestra. La ciudad devoró.

En fin, con la fundación de Medellín, ya agotado, espero tu nueva correspondencia en este gran hueco –metáfora y no del tuyo– rodeado de montañas, unas montañas que, aun con lo dicho, madrugadas y noches, las siento como las *Montañas* miradas desde el mismo Medellín por el poeta José Manuel Arango:

## **MONTAÑAS**

y de trecho en trecho un relámpago  
débil  
que las muestra de golpe

el cielo retiembla  
lejos

es el mar decía el anciano  
hay tempestad en el mar

no se oye trueno  
los picos

de la cordillera  
se recortan un punto nítidos  
oscuros  
y otra vez el cielo se cierra

el anciano decía  
es el parpadeo del jaguar

Un fuerte abrazo,  
Alfonso



## **URBIS PATERNUS**

Querido Alfonso:

Tras la detallada descripción geográfica e histórica de tu región de adopción, no me resistí a buscarla en mapas físicos y virtuales. Allí encontré el hueco del Valle de Aburrá y allá imaginé las corrientes tropicales del Cauca y el Magdalena, las minas de sal de Murgía, al conquistador Jorge Robledo, a los aburraes de antaño y hogaño... y a ti moviéndote curioso entre ellos. Tan exhaustiva y bien acompañada de citas llega tu carta que te adivino ya plenamente integrado en el nuevo rol de profesor universitario. Percibo pues, en tu relato, al poeta y al documentalista que llevas dentro unidos por una ciudad. Por eso, Alfonso, espero seguir disfrutando de nuevas noticias en las que tus palabras más propias se hagan acompañar de las de otros y moldeen así la más jugosa lectura sobre Medellín. Vas a permitirme, sin embargo, que no responda con el mismo nivel de documentación a tus misivas. Desde que descubrí esta ciudad creo sentirla más con mi cuerpo que con cualquiera de los otros cinco sentidos. Su contacto me genera un pensamiento somático, una reflexión corporal, una racionalidad

epidérmica, y así me gusta intentar escribirte, aunque temo que no podré evitar que mi condición de sociólogo le ponga límites más cerebrales.

Tu carta sobre los aburraes ha tocado, como dices, la fibra sensible de mi pasión por la historia. Y quisiera corresponderte aprovechando que es septiembre en México, el mes de la Independencia. Leí mucho sobre el pasado prehispánico y colonial de Distrito Federal, que por otra parte simboliza la de todo el país, pero no vamos a pasear por aquél, no acabaría nunca con un episodio que forma parte de la historia universal. Hazte a la idea, además, de que no aportaría ninguna visión académica o popular nueva que no tengas ya sobre ‘nuestra’ conquista americana, pues el patrón general fue el mismo en todo el continente. En el caso mexicano, el de una civilización avanzada que vivía pendiente de dioses que un día se fueron para volver... y lo hicieron... y entonces se acabó el imperio de las pirámides... y comenzó otro, europeo y católico, que nos llenó a los españoles de oro y plata durante tres siglos y de culpabilidad los dos siguientes. Tres siglos de injertos –frente al concepto de ‘trasplantes’ de la colonización inglesa, como dice el filósofo Julián Marías–, sangrientos unos y fértiles otros, que nos mantienen unidos a los de acá y a los de acullá por algún vínculo invisible que se despierta envuelto en filias y fobias cuando entramos en contacto. No acabaría nunca de contarte la larga historia de siglos de ésta que fue la joya de la Corona española; una ciudad que ya tenía vocación de grandeza, pues era mayor que cualquiera de las capitales europeas del siglo XVI; una ciudad llena de tantas ofrendas del pasado que hace a los museos indescriptibles e insuficientes; una ciudad azteca debajo de la actual que aflora con templos, pirámides, canales, estatuas, pinturas; una ciudad de dioses y hombres que vivían

dentro de un inmenso lago, que otra ciudad de coches y hombres se bebió.

Un pasado fascinante, tanto nativo como colonial, pero cuando comencé a conocer mexicanos descubrí que había otra historia de este país que me interesaba inmediatamente: la que transcurre como nación independiente. ¿Por qué?: para comprenderles mejor. Debía conocer de dónde venían ya que ellos, como nosotros, somos hijos por el momento del siglo XIX. El dime qué te enseñaron del pasado y te diré cómo ves el presente. Pedí a mis amigos y conocidos que me prestaran los libros de historia de sus colegios de primaria. Con esas lecturas llegó septiembre y, entonces, lo entendí.

¿Sabes lo que significa septiembre en la ciudad y el país de México?: patriotismo desbordante. Es el “Mes Patrio”. El día dieciséis se celebra la independencia de la nación, la fecha más importante, sin duda, de todo el calendario mexicano. El mejor momento para observar, desde el árido Tijuana al caribeño Cancún, el orgullo de pertenecer a este país.

Orgullo y mexicanidad son dos palabras inseparables aquí. El orgullo patrio es un deber, y sentirse mexicano el único camino hacia esa suprema actitud. Y como símbolo de todo ello, la Bandera Nacional, la tela más sagrada, junto con la de la Virgen de Guadalupe, de este Estado oficialmente laico. La bandera representa el nacimiento de la nación mexicana y es trigarante porque es portadora de tres garantías. Tres colores, tres garantías: el blanco, la religión; el verde, la independencia, y el rojo, la unión entre todos los mexicanos, cualquiera que sea su raza. Todavía hoy esas tres garantías se renuevan en el Mes Patrio como hace casi 200 años: el mexicano es católico, celoso de la independencia de su nación y el dieciséis de septiembre todas las razas se unen en su orgullo común. Sin el estandarte nacional el mexicano sería huérfano, sin él, el mexicano no sería.

La Ciudad de México es el centro más importante de toda esta alabanza nacionalista. Ella representa la fortaleza de las tres garantías, es la ciudad en la que se apareció la Virgen más importante y venerada de Hispanoamérica, donde se hizo efectiva la independencia del país y la que acogió y se ha convertido en el crisol de todas las razas mexicanas. Por eso, paradójicamente, la urbe más poblada del mundo es, en estas fechas, la menos cosmopolita: por encima de veinte idiomas indígenas y de veinte tipos de mestizaje, todos están fundidos en un solo pendón que reconocen como suyo. No hay diversidad cuando el sentimiento es único.

Distrito Federal siempre está postrada a los pies de su bandera. En el centro de la ciudad y en sus puntos cardinales existen altos mástiles de los que penden desorbitantes enseñas. Nunca antes vi mástiles ni divisas de esas dimensiones. Tan alto es el mástil que supera cualquier edificio; tan grande es la tela patria que, extendida, cubriría a muchas de las plazas públicas de Europa. Allá en lo alto nadie puede perderla de vista y su sombra a todos cobija. Cual pirámide estilizada, el mástil ofrece a los ciudadanos el símbolo de un sacrificio perenne: sangre y corazón mexicanos tejidos con hilos de historia.

En septiembre, Distrito Federal se transforma al amparo de la sombra de este emblema que extiende sus colores a toda la vida cotidiana de la ciudad. Varias semanas antes del día dieciséis la megalópolis se engalana para la ocasión de una manera casi navideña. Las calles visten festivas los brillantes ornamentos de matices trigarantes, las avenidas principales llenan la oscuridad de la noche con luces verdes, blancas y rojas, los defleños cruzan miradas con las caras de los “Héroes que nos dieron Patria” en cualquier ángulo de la ciudad, y la campana —el símbolo del inicio de la independencia— con la que el cura Hidalgo convocó a la libertad de México, aunque de cartón, tañe por todos los la-

dos. También las casas se adornan para los viandantes, algunas decoran con pequeñas insignias sus ventanas y otros edificios más altos cuelgan de sus fachadas banderas tan evidentes como ellos mismos.

Sin embargo, lo que más sorprende es la participación ciudadana en este rito patriótico. Los defechos se adhieren a la bandera exteriorizándolo de todas las formas posibles, poniéndola en la solapa, en el carro, en la puerta de la casa, de la oficina, del negocio. Los dependientes de servicios públicos, gasolineras y otros comercios se colocan sombreros mexicanos con los colores nacionales pintados en ellos. Los taxis cuelgan pendones de sus antenas y las hacen ondear en sus carreras como si fueran a la guerra. Carros manuales recorren la ciudad cargados de multitud de estandartes, pegatinas y objetos varios de porte patrio. Pareciera que van a la entrada de un estadio de fútbol en la víspera de un importante encuentro deportivo de la selección nacional, pero no es así, su puesto es cualquier esquina de la ciudad, y su función, nutrir el espíritu mexicano de los soportes necesarios para celebrar el ritual del Grito de la Independencia la noche del quince al dieciséis de septiembre.

Después de que las autoridades hacen sonar la campana que cuelga en la fachada de todos los ayuntamientos del país, los mexicanos de todas las razas, con el fervor religioso por su independencia, gritan airoso esa noche, respondiendo a los vivas que lanzan sus próceres. Campanadas y voz solemne, gritos enfervorizados de las multitudes, fiesta ritual y postrada a la insignia nacional, felicidad de ser mexicano debidamente enardecida por los medios de comunicación: “¡México es un gran país en el mundo!”.

El orgullo mexicano de la ciudad se mira hacia arriba, hacia lo alto del mástil. Lejos de él, sin embargo, no hay tantos motivos de orgullo y sólo queda el mexicanismo, aquélla parte del

ser mexicano que se engaña a sí mismo con las tres garantías de la bandera. Esa que confunde el fervor religioso con la resignación frente a la injusticia; la que equivoca la satisfacción de ser un país independiente con la falta de libertad personal; y la que se engaña en la comunión de todas las razas mexicanas frente a la realidad de la pobreza y la desigualdad de algunas de ellas.

Y es que, amigo, lejos del mástil y la bandera, los mexicanos sólo podrían responder a otro grito quizás tan antiguo y presente en estos días como su propia independencia... ¡Viva México, cabrones!

Un abrazo patrio,  
Blas

## **LA TRIBU DE LOS PAISAS**

Querido Blas:

Anoto, anoto tus sabias e irónicas observaciones del desbordante patriotismo mexicano y espero tener oportunidad más adelante para hablarte de su correlato paisa. Perdóname de nuevo, pero creo que no debo romper este hilo conductor que me lleva a determinar una especie de continuidad genética: de aburraes a paisas.

Así, si te hablaba de los aburraes es porque las gentes de Medellín, de alguna manera, todavía conservan un deje tribal en sus costumbres: muy apegados al folclor del extinguido campesino –la ciudad desde mitad del siglo xx es por excelencia textilera– y apegados a su particular humor que en la mayoría de las veces pone al antioqueño en el centro de las carcajadas, han tejido unas solidarias redes laborales donde es difícil dar cabida a quien no es de la tierra. Pero nada que ver con un fenotipo indígena; prácticamente, a diferencia de otras ciudades capitales de Departamento como Bogotá (Cundinamarca), Santiago de Cali (Valle del Cauca), Popayán (Cauca) o Pasto (Nariño), invisibilizado. Ellos están bien mezcladitos

(pongamos un aproximado del 93.4% de mestizos y blancos, un 6.5% de afrocolombianos y un 0.1% de indígenas) y, como bien sabes, mejor no hablar de la fama de la mujer de Medellín: delicada belleza y bondades en su teje maneje sexual. ¡Qué verraquera, Blas, venite, venite p'acá!

De aburraes a “paisas”, con este último nombre se les conoce a los antioqueños, el abreviado de “paisanos”, o sea, de las personas que son del mismo país, provincia o lugar que otras, aunque también paisano es el campesino que vive y trabaja en el campo. Aburraes o paisas, ciertamente, las gentes de Medellín son una tribu muy cerrada, un pueblito, eso sí, un pueblito orgulloso. En el Cerro Nutibara, como lugar de visita turística, han levantado lo que se conoce como el “Pueblito paisa”, una réplica de una aldea pueblerina de antaño con todos sus ingredientes: iglesia, casa cural, escuela, farmacia, barbería, café y la típica plaza vecinal con su fuente de piedra. La tienda, por supuesto, vende el carriel, el poncho, el sombrero y el aguardentico del arriero.

*-Nosotros comemos paisa y cagamos paisa, un ciclo sin fin, somos muy cerrados, sabemos atender al forastero y al extranjero, pero en el fondo hemos establecido una especie de código paisa con el cual sólo nosotros nos entendemos.* Así me hablaba Diego Jaramillo cuando se refería al “ser paisa”. Después de haber vivido en Estados Unidos durante dos años consecutivos, hacía un ejercicio de autocrítica, “con la cabecita ya más abierta”, me decía. Este comentario sobre la cerrazón paisa es frecuente escucharlo en el resto del país, comentario que además dibuja las puertas de las instituciones públicas antioqueñas siempre cerradas a las posibilidades del trabajador forastero. ¿Sabés?, el Presidente de esta llamada re-pública colombiana, Álvaro Uribe Vélez, es antioqueño, ¡de Medellín!, nacido un 4 de julio para el orgulloso establecimiento de unas cordiales re-



laciones usacolombianas. Mirá, te traslado la *Admonición a los antioqueños*, un certero poema de Julián Malatesta involucrando el carácter de los paisas con el de este soberbio amansador de potros que llegó a palacio:

¡Antioqueños...!

No os dejéis adular  
por el amansador de potros que llegó a palacio,  
ni por los escribanos  
que llevan las cuentas de sus negocios y arrierías.  
En todo el territorio es fama  
el coraje que tenéis para vencer los infortunios.  
Nuestra tierra tiene huellas  
del modo en que vencéis los días  
y construís con ellos puentes y caminos.  
Está escrito en vuestra sangre el comercio  
y la lengua gentil con las naciones,  
en todas las artes destacáis hombres y mujeres  
y tenéis cantores que llenan de gloria vuestra amada tierra.  
A la hora en que emprendéis los viajes  
todas las puertas se os abren generosas  
y es agua dulce vuestras propuestas de futuro.

Sin embargo, hay demasiadas tumbas en Antioquia,  
demasiados funerales entristecen la fiesta del arado,  
apenas cuando se inicia el día  
niños, labriegos hombres  
y mujeres que esparcen la semilla del tiempo y las edades  
caen abatidos bajo el fuego de los bárbaros  
y el gobernante os habla con euforia de la guerra  
y como un ebrio os seduce con palabras de zozobra.

¡Antioqueños...!

¡Preguntadle qué negocios tiene...!  
¡Ponedle un poco de malicia a sus maniobras...!  
¡Indagad por sus mañas de agiotista...!

Este hombre mercadea con caballos y con gentes  
y a todos conduce al sacrificio.

Un soberbio amansador de potros y, al decir de Jaime Castro, un viejo zorro liberal de la política, un mesiánico cuyas aspiraciones no son producto de una ambición personal. Uribe, quien no ha hecho las grandes reformas necesarias –la agraria, la política, la territorial, la financiera– considera que fue enviado por la Providencia para salvar a los colombianos y que eso es superior a su propia voluntad.

Pero, oye, qué raza de hombres despiertos estos paisas, vivaces, rebuscadores, comerciantes, emprendedores, mantienen siempre encendida y alerta una chispa de gracia, no sé, algo hay ahí, ciertamente, que hace del paisa un ciudadano muy distinto al caleño o al bogotano, menos dados éstos al extraño, pero con códigos mentales, creo, más abiertos, más ciudadanos. ¿Determinismo geográfico? Je, je, no lo sé. Medellín es un estrecho hueco entre montañas, como te decía, y Cali, por ejemplo, un enorme valle con posibilidad de amplias miras... Por otro lado, el Valle del Cauca es el Departamento que cuenta con el mayor índice de emigrantes –a España y Estados Unidos, sobre todo– de Colombia. Las historias de vida que los emigrantes cuentan a familia y amigos residentes en Cali, creo que también conllevan cierta apertura mental.

Antioqueño que cierra puertas, pero “antioqueño que no se vara” –dicen ellos– y monta su empresita tiránica con mucho *Éxito*. *Éxito* es el nombre que se le da a una gran cadena de almacenes comerciales cuyos promotores y dueños fueron paisas. Imaginate –recuerda, pronúnciala llana–, como dice Daniel Pécaut en su *Orden y violencia. Colombia 1930-1954*, desde el régimen de Santander en el siglo XIX aparecen como banqueros del Estado central y se mezclan estrechamente a las empresas de los bogotanos, controlan el comercio de exportación y se aseguran el dominio de los medios de transporte. El

oro, Blas, el oro por el que morían y mataban los españoles. Las minas de oro de Antioquia les suministraban el dinero líquido que hacía falta en otras partes. Estas minas, de mineros libres, más adelantadas a las del Cauca que recurrían a la mano de obra esclava, y con más avanzada tecnología, a veces de origen extranjero, garantizaban a los comerciantes antioqueños, que intervenían como intermediarios, recursos que les permitían hasta fines del siglo XIX, tener el monopolio del comercio destinado al occidente colombiano. Fijate que en la década de 1870 al 1880 se crean en Antioquia tantos bancos como en Cundinamarca, con los consiguientes beneficios –redes, clientelas– que todavía perduran.

En fin, todavía hablan de los paisas como una “raza superior” y dicen que en sus venas corre un buen porcentaje de genética vasca y judía, vaya usted a saber. Al paisa, ese inquieto bicho, se le encuentra por toda Colombia montando negocios de todo tipo: panaderías, licoreras, cantinas, tiendas y rapi-tiendas y... ¡que no falte la bandeja paisa ni la ambulante arepa acompañada de aguapanela! Paisa, paisa, ¡qué hartazgo! ¿Te cuento un chiste paisa? ¡Oh, no, di que no, di que no, por favor! Baste el cinismo del caleño Juan Andrés Valencia:

Los paisas se parecen mucho a los frisoles que tanto les gustan: en medio de su verraquera son blandos como el grano y cuando se juntan en abundancia se “hogan” en su caldo de arribismo gaseoso [...] ¿Cómo pueden considerar emblemático al Edificio Coltejer, un bloque de cemento que simula tener una tienda de camping en el último piso y un poncho largo y desteñido que lo cubre? Además, es el colmo que se enorgullecen de su ascensor acostado que moviliza a miles de paisas enlatados, la versión criolla de un tarro de Campbell’s Mondongo [...].

Mirá, Blas, te explico, con ese ascensor acostado, Juan Andrés se está refiriendo al metro aéreo de Medellín, que no es subterráneo como fue el tuyo de tu estancia madrileña...

Me despido por hoy y en otro mejor momento –ya es noche cerrada– te hago saborear la deliciosa callosidad del mondongo.

Un fuerte abrazo,  
Alfonso

P.D.: Para que veas hasta dónde llega el temperamento de los antioqueños, te diré que desde 1993, por este Departamento corren noticias de ver andar a un *Quijote a lo paisa*, el resumen y la adaptación al “lenguaje paisa” de nuestro *Don Quijote de la Mancha*. Comenzado por Roberto Cadavid (Argos) y terminado por Jorge Franco, no sé, Blas, si en algo te ayudará a comprender el carácter verraco de estas gentes, el compararte un pequeño y conocido fragmento de su lectura. Pertenece al primer capítulo del *Don Quijote*. Mirá:

### **DON QUIJOTE DE LA MANCHA**

Capítulo Primero: Que trata de la condición y ejercicio del famoso y valiente hidalgo don Quijote de la Mancha

[...] En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo [...] En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el ejercicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros

andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

## **EL QUIJOTE A LO PAISA**

Capítulo Primero: Hoja de vida de don Quijote

[...] Hasta que de tanta leedera y trasnochadera cuando menos se pensó ya estaba más loco que una cabra con balaca y daba por ciertas todo ese mundo de *cañas* y exageraciones que contaban en los tales libros, hasta que un día amaneció con la idea dizque de armarse caballero andante pa' salir a recorrer el mundo a buscar aventuras y a medirse a cuanto sinvergüenza estuviera por ai poniendo *pereque*, pa' que supiera cuántas eran cinco.

Como sabes, entre el paréntesis que no he incluido en el texto de Cervantes, y que *El Quijote a lo paisa* suprime, aparecen algunos personajes como el Cid Ruy Díaz, el Caballero de la Ardiente Espada, Bernardo del Carpio, Roldán, el gigante Morgante, Reinaldos de Montalbán o Galalón, personajes fundamentales para entender la “loca hazaña” de *El Quijote*. Pero como dijo el cronista Luis Tejada en 1918, ese admirado, en autodenominación “pequeño filósofo de lo cotidiano”; ese –al decir del profesor Gilberto Loaiza– “artista cínico”, y un antioqueño nacido en Barbosa; como dijo en su crónica titulada *Las grandes mentiras*,

“Decir que [...] los antioqueños no son un raza ‘superior y pujante’, sino simples mortales tan perezosos y holgazanes como los boyacenses o los caucanos; [...] decir algo que desvirtúe o tratar de probar la falsedad de uno de aquellos innumerables preceptos que las personas crédulas veneran, sería colocarse en inminente peligro de apedreamiento”.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## LOS TRÁNSITOS DEL ARCO IRIS

Querido Alfonso:

¡Qué divertida la versión paisa del Quijote!; fresca, atrevida, vivaz, como los propios antioqueños, según me cuentas. No quiero ni imaginar los diálogos que al fiel Sancho Panza le pondrán en boca por esa ciudad en la que andas. Comprendo que te haya seducido el lenguaje paisa, así que estaré atento a tus crónicas y te pondré en alerta cuando ya no te entienda.

Yo no diría que existe en la ciudad de México un código propio que marque impronta a sus ciudadanos. Lo que les identifica más bien es un estigma, pues el resto de mexicanos considera a los defeños como mala gente y raros. No estoy de acuerdo, sin embargo, con esta apreciación. Creo que el defeño es eminentemente mexicano, en todos los aspectos que te iré contando en mis cartas, aunque el tamaño de esta ciudad condiciona mucho su carácter. Temor y anonimato los han vuelto, quizás, más distantes y precavidos en un primer momento, pero el defeño es agorafílico, le gusta el calor de la gente y por eso ha reaccionado creando espacios de relación en medio del devenir

de la gran urbe. Y el ejemplo más vistoso de ello son los mercados callejeros que surgen al desliz de los transportes urbanos.

Cuando se empieza a hacer vida cotidiana en la Ciudad de México te preguntas cómo sus gentes pueden soportar, a diario, tanto tiempo en los medios de transporte. Supongo que esta pregunta es muy común en todas las grandes urbes del mundo, donde sus ciudadanos, como aquí, acumulan los kilómetros necesarios para el ejercicio de sus obligaciones. Las personas que viven esta situación saben que la ciudad no está hecha a su medida, que sus enormes distancias les mantiene en el devenir inacabado de un río urbano que desemboca siempre donde ha nacido, para volver a fluir al día siguiente. Al cabo de un tiempo, sin embargo, la adaptación al medio impone sus reglas: el tiempo de tránsito deja de ser tiempo para quedarse en eso: ¡tránsito!

El día es más corto en Distrito Federal porque una parte significativa de la vida de sus ciudadanos transcurre en los no-lugares: espacios amplios donde el tiempo no ha sido invitado. Los transportes urbanos (metro, autobús –llamado comúnmente *pesero*, de cuando costaba un peso), las estaciones (de autobuses interurbanos y de tren) y las vías rápidas se erigen en lugares con cuerpo pero sin identidades; ámbitos de espera en movimiento y de movimiento en espera para llegar a donde te reconocen y te devuelven la parte del día que es tuya.

La naturaleza urbana, sin embargo, se ha hecho sabia y crea los mecanismos necesarios para salvar a los defechos de esa locura de las distancias. En el abismo cotidiano de los no-lugares surgen unos espacios que tienen identidad aunque sin cuerpo sólido (aparecen por la mañana desaparecen por la noche): los mercados callejeros. Son las “arquitecturas del tránsito”, estructuras volátiles y efímeras tan antiguas como las propias ciudades y que han sobrevivido a los siglos. Esqueletos de hierro



cubiertos de lonas que cobijan un amplio surtido de objetos ofe-  
rentes y que se adosan al devenir diario con multitud de fogosos  
colores. El mercado callejero no es una referencia a la que se  
acude, él va a la búsqueda de los capitalinos, se incorpora al río  
de la vida urbana y se instala allá por donde la gente circula.

Y es que estas zonas de abastos volátiles llamadas “tian-  
guis” cumplen dos cometidos: uno funcional y otro comunita-  
rio. Cuando te trasladas por la Ciudad de México te das cuenta  
de que, inevitablemente, un mercado callejero te engulle y te  
vomita al circuito de nuevo con la oportunidad de haber satis-  
fecho una necesidad, pero también de sentirse en un pedazo  
de comunidad. Se convierten, al fin, en espacios de descanso  
físico y psicológico en el tránsito cotidiano.

En su papel funcional, los tianguis de la Ciudad de Méxi-  
co surten al viandante de todo aquello que demande sin que se  
desvíe de su obligado camino. Es como en las carreras ciclistas,  
donde sus participantes obtienen su avituallamiento en pleno  
asfalto y sin detenerse. Cualquier confluencia de caminos, cru-  
ce de comunicaciones terrestres, salidas del metro, centrales de  
autobuses, calle transitada o semáforo es el lugar idóneo para  
cubrir deseos: comida, productos de higiene, de limpieza, elec-  
trónicos, música, ropa, complementos, juguetes, papelería, re-  
vistas, productos de belleza y todo lo que uno pueda imaginar.

En su papel comunitario, estos zocos mexicanos son here-  
deros del “Gran Teatro del Mundo”: pura dramaturgia cotidia-  
na. Una simple tela en el suelo, como un estandarte de pose-  
sión territorial, sirve para conformar un argumento de vida y  
de objetos, de seducción y de enamoramiento, de dinero y ne-  
gociaciones, de soledad y amistades. Pasillos abigarrados que  
funcionan de cubrenecesidades, cansavistas, buscasorpresas,  
llenaestómagos, rompeoidos, reposaprisas, espectáculo neces-  
sario para la socialización de todos los públicos.

Estos ágoras aztecas siempre al aire libre, y que se persiguan con el dinero de la primera venta del día, son espacios para el encuentro en el tránsito y para la comunión en la comida. El mercadeo se ha convertido en las vísceras de la vida comunitaria del ciudadano, en la digestión de un pedazo de actividad cotidiana sin funciones vitales. Lugares de identidad en el circuito de personas sin nombre que nunca se volverán a ver, su sentido se construye en la parada, en la observación, en la disposición al contacto, en el cara a cara con el mercader y los demás transeúntes. Es el grado cero de la comunidad en el estado de tránsito.

Abigarrados y coloristas, los puestos de estos bazares son como la paleta del artista después de acabada su obra. Exultantes de formas e insultantes de sentidos. Así, sobre el aspecto gris de la ciudad vista desde el aire, una vez abajo, vivos oasis de colores surgen cuando recorres sus calles y arrebatan la mirada como el arco iris con la oscura tormenta de fondo. Lugares de arco iris perenne, los mercados callejeros están regidos por comerciantes que reclaman atención con alegres collages de mundanas mercancías, que ofrecen naturalezas vivas y producen savia en la circulación urbana.

Frente a la naturaleza muerta de los no-lugares urbanos, la naturaleza viva de los mercados callejeros. Todo se mueve, pero siempre hay un lugar donde dar identidad al tiempo. No son espectáculos que se contemplan sino que se viven. Naturalezas vivas para tocar, negociar, satisfacer, descubrir, para sentir, al fin, algo cercano en el tránsito por las distancias y el ritmo de la vida capitalina. Naturalezas vivas que salvan a los defeños del estigma ingrato de su ciudad.

Un fuerte abrazo,  
Blas

## **TRANSPORTANDO JARAMILLOS Y RESTREPOS**

Querido Blas:

Transporte, mercadeo callejero, los zocos mexicanos herederos del Gran Teatro del Mundo, siento no corresponderte inmediatamente con todos los mismos temas de los que me hablas. ¡Estamos en Locombia, ja, ja! Sé —nuestra amistad así me lo certifica— que no necesitas mis disculpas y que tengo tu permiso para hablarte —en correspondencia o no— de lo que desee, pero créeme, no olvido tus precedentes cartas que prometí responder. Y es cierto que este bus en el que estoy viajando lleva hartos tiempos de retraso, así que prefiero ponerme al día respondiendo primero a esos tránsitos del arco iris. Dibujemos ahora el panorama ensordecedor del transporte urbano.

Leo en el cuento de Ernest Hemingway titulado La capital del mundo, escrito, no puedo precisarte más, entre los años de 1925 a 1952, que Madrid está lleno de chavales que se llaman Paco, que es el diminutivo de Francisco. De igual manera, Medellín está lleno de Jaramillos y Restrepos, dos de los apellidos más comunes de la estirpe paisa.

¿Jaramillos y Restrepos venidos desde Castilla la Vieja? Con la felicidad de estar atrapados en la red, esclavos de la interné, a estas alturas todos los Jaramillos saben de su origen herbáceo (jaramago) y todos los Restrepo, de su posible origen textil (estrippe) o destripador (estriper). Destripadores y textileros entre plantas herbáceas “todas buenas” de la ciudad, ¿será? Casualmente, no es difícil en una violenta ciudad textilera encontrar asociaciones. Ah, se me olvidaba decirte que si nosotros llamamos al sol Lorenzo, ellos utilizan el Jaramillo... ¡y cómo está pegando en el día de hoy!

Jaramillos y Restrepos enlatados en un sistema de transporte masivo inaugurado en 1995: el Metro. Un Metro que contó con tecnología española y alemana, que todavía está pagándose y que combina un sistema férreo con un sistema de cable aéreo y alcanza en el total de su red los 30 km. Es sorprendente cómo las cuidadas y ordenadas instalaciones de este medio han creado “cultura metro” –silencio, buenos modales, respeto al prójimo, ayuda al necesitado– dentro de una olla siempre hirviente, rebosante de gentes que caminan, que comercian, que mendigan, que insomnes mantienen calles, avenidas y plazuelas con el continuo murmullo de sus carros, de su charla, de sus gritos. El contraste entre esa vida del Metro, elevada, ficticia y momentánea, y la vida callejera es tan grande que Diego Jaramillo la llama Cultura del Sistema No: no elevar el tono de voz, no comer, no fumar, no apoyarse en las partes ornamentales, no rebasar la línea amarilla cercana a los raíles, no, no, no... y a las tres líneas con las que cuenta la red, ya se le está sumando una cuarta en construcción.

Jaramillos y Restrepos enlatados en un sistema privado de buses urbanos que realmente atiende a todas las zonas, comunas, barrios y corregimientos; buses que suben y bajan pendientes montañosas con la misma seguridad y estruendo que

un tanque, pero un tanque veloz, uffff..., un tanque que te hace llevar durante todo el trayecto las huevas en la garganta. Te puedo asegurar que si vives en casa contigua a la vía del bus y construida además sobre una larga pendiente, inevitablemente amaneces de cinco a seis de la madrugada con un motor de guerra en la cabeza.

Los buses urbanos, por otro lado, como sabes, son un fiel reflejo de las políticas sociales implementadas en la ciudad. Aquí hay de todos los tamaños y según éstos, ahí va una de las clasificaciones establecidas: buses, busetas, colectivos y... ¡la chiva! Sí, la chiva, no la chimba, no, no cometamos el error del... mejor te explico. La chiva es un autobús con la carrocería de madera completamente abierta por los costados, más ancha que los buses. Sigue siendo el transporte típicamente campesino del país, donde convergen y circulan diariamente de pueblo en pueblo gentes, mercancías, historias, alimentos y noticias, haciendo de él un móvil salón de reuniones. En las grandes ciudades la chiva ya ha desaparecido como transporte cotidiano y ahora se utiliza como entretenimiento turístico o festivo con el nombre de la Rumba-Chiva. Es usual ver la Rumba-Chiva los fines de semana atravesando la ciudad de norte a sur, con la música a todo trapo, en juego de luces discotequero y las caderas a ritmo de mariachi, vallenato o guasca. Esto, Blas, es la chiva, pero tranquilo, te enviaré una postal para que tengas su viva imagen. Y chimba, entre otros significados, es un sinónimo de vagina en el habla popular. Decir chimba por chiva, ese fue el error del que te hablo y por el cual todos los que me acompañaban en la excursión se echaron a reír a carcajadas. Cuando necesitábamos un bus que nos trasladaría de Moñitos a Paso Nuevo –en el golfo de Urabá– y dije: ¡Esperemos a la chimba, que pasa por aquí!

Pero volvamos a los buses, de tamaño grande y con capacidad aproximada para 40 pasajeros sentados; a las busetas, de tamaño mediano, para 30 pasajeros; y a los colectivos, de tamaño pequeño, para un aproximado de 20 pasajeros. Todos ellos incómodos, parando y arrancando a golpes que te tumban y sin cupo limitado para que los ciudadanos que se han quedado sin asiento se estrujen mientras hacen equilibrio colgados de las barras metálicas que a lo largo cruzan su techo. En los colectivos se respeta la capacidad de los pasajeros por el número total de asientos, pero su techo tan bajito sólo produce sensaciones claustrofóbicas, más cuando los colectivos suelen hacer recorridos mayores. Buses y busetas adueñándose de la ciudad, sin paradas fijas y sin control riguroso del tiempo que se demoran recorriendo sus respectivos circuitos. Si el busero te ve y le da la gana parar, basta con sacarle la mano para que puedas subir a ellos. Si no, “adiós amigo, en el día de hoy he tenido muchos contratiempos con el tránsito de este último trayecto, me varé en la calle 13, sufrí trancones en el centro y las discusiones con 4 ó 5 pasajeros me dejaron... adiós, adiós, amigo, y no me pongas mala cara, peatón hijueputa. Ufff...¡pobrecitos nosotros los viandantes!, pero la verdad es que ser conductor de buses urbanos, con sus miserables salarios, sólo es para superhéroes.

Otra historia, Blas, son los taxis, la infinidad de taxis –legalizados o no– que trazan por la ciudad largas líneas de un llamativo amarillo. Taxistas independientes o un buen negocio si se es dueño del carro: taxistas a su servicio. De asequibles precios los encuentras disponibles a la vuelta de la esquina, ahí mismo o a una cuadra, no más, y a toda hora y así, como acabo de decir de su intenso color, pareciera que siempre están llamándote para subir en ellos. Se han hecho imprescindibles y los taxistas lo saben, pero es necesario controlar la ilegalidad

y regular la sobreabundancia de licencias, perjudicial para el gremio. Ah, algo que nunca encontraremos en Europa es el ver a los taxistas de madrugada cerrando las calles de un barrio con sus carros para jugar un partido de fútbol. Ver tal espectáculo, ciertamente, me produjo gran contento.

Como sabrás por tu querido México D. F., el taxi también es utilizado para practicar una cada vez más frecuente modalidad de robo: el paseo millonario. Al poco tiempo de montar al cliente, el taxista se detiene para recoger a su colega y al instante, otra vez en movimiento, éste, a punta de revolver, obliga al cliente a utilizar sus tarjetas bancarias para extraer toda la plata posible que los cajeros automáticos puedan suministrarle y ponerla en bandeja, sucia y acostumbrada, de los atracadores. Así que la mano que utilizamos para parar un taxi, ¡cuidado!, puede ser la misma mano obligada a pagar al taxista con una suma de pesos que podría servir para recorrer Colombia entera, y mira que es grande. Eso, claro, si dócilmente has aceptado el chantaje y el dedo que pulsa el gatillo no se ha escapado antes.

Ufff, pobrecitos nosotros los peatones cuando además ejercemos de peatones, sin pasos de cebra, sin semáforos, sin aceras o con aceras usurpadas por los carros. El peatón, el único de los seres indefensos, lo ínfimo, el desamparo, la desolación, la víctima desconocida. Como si nada hubiese cambiado, te traslado algunos párrafos de la aguda crónica de Germán Arciniegas escrita en los años 30, crónica hecha en defensa del peatón:

Es curioso el caso del automovilismo. El monstruo de las cuatro llantas de goma hizo su aparición independientemente de la voluntad del hombre de la calle, del pobre diablo que se sirve de los remos inferiores como Dios manda. Y ahora es este hombre de la calle quien debe sufrir las consecuencias del invento.

Mientras el automovilista reclama todos los derechos: el de ser dueño de la vía pública, el de atropellarnos, etc., el peatón sufre íntegras las cargas. Él es quien debe aprender a caminar de otro modo, saber los reglamentos del tránsito, soportar los ruidos de las bocinas, tragar polvo, sufrir salpiques de lodo, y poner una cara de mártir para que el automovilista tenga cómo divertirse [...] Los peatones –dirán los choferes– deberían andar contra las paredes. Y seguramente están en lo cierto. Yo no veo, para nosotros los peatones, otro remedio sino “tener paciencia y maldecir pasito”.

Peatones como Jaramillos y Restrepos que juegan cotidiana y peligrosamente a ser transportados en un caos circulatorio cargado de flamantes taxis y buses urbanos. Paco, el camarero del cuento de Hemingway, simulando ser torero, muere a consecuencia de un juego temerario y estúpido. Pero en Medellín, ese caos circulatorio sólo es aparente, o...no lo sé, es un caos real y ya bien conocido que se hace necesario para poder jugar sin peligro. Buseros, superhéroes de barrio.

Un fuerte abrazo,  
Alfonso



## **LA SONRISA DE LA CALACA**

Querido Alfonso:

Se inaugura el mes de noviembre. Imposible dejar de escribirte, aunque me faltan palabras para relatar este trance. Ya son las doce de la noche. No escuché ningún reloj, pero todos saben que es la hora y hay que proceder. Miro la calaca<sup>1</sup> de frente, posada en mi mano, y ni siquiera un recuerdo de Hamlet. ¿Ser o no ser?... ¡qué va!, eso aquí está superado; es más, nunca tuvieron dudas. En México, vivo o muerto, siempre se es. Y procedo: le doy un pequeño mordisco en la mandíbula, lo más lejos posible de la frente. Ahí es donde tiene grabado mi nombre. Y es que comerse uno su propia muerte no es plato de todos los días. El recelo te inunda, pero el chocolate está exquisito, la verdad.

---

<sup>1</sup> Calaca: calaveras o esqueletos completos que representan a la muerte o a los muertos. Sus figuras no son tétricas, muy al contrario, transmiten simpatía y, casi siempre, se muestran sonriendo. Típicas de la festividad de los muertos en México, son integradas con naturalidad en la vida cotidiana e, incluso, se las representa vestidas de múltiples maneras y reproduciendo escenas habituales de los vivos.

En una noche como esta, la del 1 de noviembre, noche de difuntos en el Distrito Federal y en todo México, la costumbre católica obliga a comulgar con la muerte, y los mexicanos comulgan, a su manera. La gente regala la muerte. Los escaparates de la ciudad se llenan de calacas dulces esperando, con la frente altiva y la boca divertida, a que un vivo quiera enfrentarse a su propio óbito. Me regalaron la mía y ella sonreía a pesar de que la iba a devorar, ¿o quizás por eso precisamente? No lo sé. Estoy tan impresionado como confundido, todo este asunto, a los ojos de un cristiano viejo de formación, parece poco serio. Más diría, es festivo. Es la Fiesta de los Muertos, así la llaman: un ambiente de lúdico respeto y de respeto lúdico se apropia de la ciudad. ¿Cómo es eso posible si hablamos de muertos? Pues la culpa la tienen ellos mismos. En México, vivo o muerto, siempre se es. Sí, amigo mío, los muertos no son personas que han dejado de existir. Existir, existen, aunque no están aquí exactamente. Por eso en estos días son ellos los que vienen de visita y no al contrario. Los muertos mexicanos visitan a sus vivos, los vivos se saben visitados. Y la ocasión, una vez al año, es motivo de fiesta, claro. Ya se encarga doña Catrina<sup>2</sup> y su corte de calacas de que así sea. La ciudad queda en sus manos y comienza a transformarse. Lúdica decoración, alegre artesanía<sup>3</sup>, divertidos carteles, atractivas formas de pa-

---

<sup>2</sup> Doña Catrina: es el emblema de las calacas y, por tanto, de la muerte. Se trata de una calaca, en este caso de mujer, finamente vestida con un traje señorial de finales del siglo XIX con sombrero. Es elegante, algo coqueta y sonríe tiernamente a los vivos. Sería el equivalente al esqueleto vestido de capa negra y guadaña de la tradición judeocristiana europea.

<sup>3</sup> Artesanía: en México, de la muerte sacan motivo para jugar y decorar. Así, aunque se pueden encontrar todo el año, existen artesanías exclusivas de estas fechas cuyo motivo es hacer fiesta de los difuntos: los “entierros” (procesión de calacas curas u otros personajes que cargan un ataúd), las “cajitas de barro” (en las que reposa un difunto-calaca), los muertos calaca planos y articulados, los esqueletos de personajes cotidianos (panadero, cartero, policía..) con alma de carrizo.

pel recortado, jocosa literatura<sup>4</sup> y cempasuchitl<sup>5</sup> por todos los lugares, tanto en los campos santos como dentro de la ciudad. Flor mexicana de los difuntos, el cempasuchitl, de intenso naranja como el amanecer del trópico, representa el color de los muertos mexicanos, la intensidad de la muerte tropical. Ya se encarga doña Catrina y su corte de calacas.

Se les ve por toda la ciudad: escaparates comerciales, autobuses, metro, casas, calles, instituciones, mercados, parques. Cualquier soporte es bueno para emerger entre los vivos-vivos y anunciar la llegada de los vivos-muertos. Doña Catrina elegante, imponente, tierna y siempre sonriente. Doña Catrina la calaca madre, la madame de la muerte, la muerte mexicana: gallarda y alegre a la vez. Y su sonriente corte de calacas desnudas, asimismo imprescindibles: mucho trabajo por hacer. Distrito Federal, la más grande concentración de vivos produce la mayor cantidad de muertos, demasiadas visitas por recibir. Los cementerios y la ciudad se vuelven indistintos. Fusión de tumbas y casas, de muertos y vivos, de cipreses y magnolios. No son los cementerios los que abren sus puertas a la ciudad, es la ciudad la que se abre a ellos, los difuntos también son ciudadanos. Ciudad y campo santo confundidos en un extenso jardín de cempasuchitl. La casa se hace panteón y el panteón se hace casa, y a los difuntos se les puede recibir donde uno quiera, sólo hay que proporcionarles la puerta de acceso. La

---

<sup>4</sup> Literatura de muertos: son las llamadas “calaveras literarias”, epitafios satíricos en verso que se dedican a un personaje vivo del ámbito político, cultural, artístico, deportivo o a los jefes propios. Mediante estas versificaciones la gente muestra sus simpatías, pero también su descontentos y le sirven para hacer críticas a aquellas personas y/o lo que representan.

<sup>5</sup> Cempasuchitl: es la flor del día de muertos en México. Es gruesa, compuesta de múltiples capas de hojas concéntricas que se van haciendo más pequeñas a medida que confluyen hacia el centro de la flor, dándole volumen. Destaca de ella, sobre todo el color, de un amarillo-anaranjado mexicano muy intenso, alegre, con mucha luminosidad.

labor, sin duda, más importante de estos días: preparar los “lugares del encuentro”, lugares indispensables para el contacto de los vivos-vivos con los vivos-muertos: los Altares de Muertos<sup>6</sup>, puerta entre la vida y la muerte por donde llegan y se van las ánimas corporeizadas<sup>7</sup>. Lugares del Ser, del Existir. Toda la ciudad se convierte en un gran Altar de Muertos: altares sobre las tumbas de los que se fueron y sobre los espacios cotidianos de los que permanecen. Espacios para festejar, en ellos se prepara todo lo ‘vital’ para recibir a los difuntos. Parecen la mesa de un gran festín, parecen el aviso de un mercado popular: colores fuertes, comida tradicional, olores suaves, flores, velas, panes, frutas, bebida, retratos, cerámica y todo ello sobre un decorado de finos bordados y figuras recortadas de papel chino<sup>8</sup>. Lúdico respeto, respeto lúdico. Estos altares transmiten

---

<sup>6</sup> Altar de muertos: es el espacio simbólico de la tradición mexicana sobre la noche de difuntos. Producto de la simbiosis entre la tradición prehispánica y la cristiana, representa la puerta por donde llegan y se van los muertos durante todos los días que dura la festividad. Puede tener varias estructuras: un plano horizontal puesto sobre el suelo y otro vertical sobre él, una mesa, una estructural piramidal con dos o tres niveles, etc. Representa un altar porque en él se dispone una serie de elementos cargados de espiritualidad según la tradición cristiana mestiza.

<sup>7</sup> Llegada de los muertos: La Festividad de los Muertos comprende varios días (cuatro). Obviando la diversidad cultural y étnica en torno a esta fiesta, la tradición dice que cada día llegan difuntos distintos: el día 30 de noviembre los “limbos” (muertos sin bautizar); el 31, los infantes; el 1 de noviembre los difuntos adultos, y el 2 de noviembre, las “ánimas solas”, aquéllas que no tienen quiénes les reciban ni a quiénes visitar (las iglesias mexicanas tienen un retrato del “ánima sola” para que la gente les ponga velas y les acompañe en su soledad). Finalmente, ese día 2 de noviembre, por la tarde y después de la misa de difuntos, todas las iglesias tañen las campanas durante prolongados minutos y esa es la señal para que todos lo muertos vuelvan a lugar del que vinieron.

<sup>8</sup> Composición del altar de muertos: según la tradición popular, los muertos llegan al altar y en él deben tener preparado todo lo necesario para el descanso y el avituallamiento. Es por eso que en un altar de muertos hay una serie de elementos que se consideran imprescindibles: el agua (para mitigar su sed), la sal (que purifica los cuerpos), las veladoras (guía que alumbra la venida y el regreso), el copal (fragancia para limpiar el lugar de malos espíritus), las flores cempasuchitl (el color y olor que marcan la ruta), alimentos (los preferidos del ánima), el petate (mantel para

espiritualidad, hay solemnidad en la disposición, simbolismo en las formas, mensaje en la composición, pero también festividad, hay colores para la alegría, sonrisas para el bienestar, alimentos y bebidas para el disfrute. Es la confusión del ajeno, el altar de muertos desconcierta a quienes vivimos de espaldas al óbito. Puerta entre la vida y la muerte, la tradición mexicana ha recurrido a su mejor saber hacer de sincretismo religioso: sabidurías prehispánicas y haceres cristianos. Resultado: un lugar “esencial”, sin fronteras, un lugar construido sólo con la esencia de la existencia: los sentidos y los elementos, un lugar donde espacio y tiempo son neutralizados, abstraídos; tiempo y espacio, los dos pilares básicos del existir trastocados, diluidos. En México, vivo o muerto, siempre se es. Existencia en la esencia: los cinco sentidos animales, los cuatro elementos de la naturaleza. El altar de muertos, fragancias para oler, comida y bebida para degustar, colores para guiar, música para relajar, objetos para manejar, agua para la sed, tierra para el descanso, fuegos veladores para iluminar el camino, aire para inundar de suave perfume todo el ambiente. Espacio esencial, puerta entre la vida y la muerte, “lugar del encuentro” de vivos-vivos con vivos-muertos, espacio de comunión en la esencia de la existencia. La comunión con la muerte en México elimina las fronteras que separan esos mundos incompatibles a primera vista. Indistinción entre la vida y la muerte: “todo es vida y la muerte es parte de ella; la muerte es el instrumento que transforma cualitativamente la existencia”, se escucha por aquí.

---

los alimentos), el pan (ofrecimiento fraternal), el izcuintle (perro de raza mexicana que ayuda a los muertos en su camino al Mitlán, el lugar del misterio)... Aparte de éstos, la creatividad y la confrontación del gusto de los vivos y sus muertos, de los muertos y sus vivos, añade al altar otros objetos como calacas dulces, licores, figuras prehispánicas, objetos del difunto, retratos, etc.

En México, vivo o muerto, siempre se es. Por eso, cuando llega el final de octubre la ciudad se transforma, toda ella se convierte en un gran Altar de Muertos. El Altar de Muertos simboliza la mutación de la ciudad: ciudad abierta a los cementerios, ciudad de los muertos, altares para los muertos, ciudad de los altares, puertas entre la vida y la muerte, urbanismo efímero para la bienvenida de los ya despedidos, de los vivos del último adiós, urbanismo esencial para la comunión con la otra parte de la propia existencia.

El recelo, Alfonso, no desaparece ni aun habiendo ingerido toda la calaca; es más, se convierte en suave angustia vital cuando comes la parte de su frente que tiene tu propio nombre escrito y que un no sé qué te hace dejarlo para el final. Pero el chocolate está exquisito, la verdad.

Un abrazo muy vivo,  
Blas

## **VIOLENTA VIOLENCIA**

### **JUEGO DE PALABRAS**

*Se resuelve bien poco  
con la metralla y con la fuerza.*

*La hipótesis que todo sea  
un juego de palabras,  
un intercambio de sílabas,  
es la más atendible.*

*No por nada al principio era el Verbo.*

Eugenio Montale

Sí, mi querido, qué fantástica postal del Día de Difuntos. ¡Qué gran y festivo festín mexicano. No dudo, además, de tu excelente paladar! ¿Viste a los olvidados de Buñuel? ¿Te visitaron? Supongo que ellos, ahora remozados de un nuevo maquillaje, nunca se fueron, deben seguir ahí, frecuentando las calles de su puta ciudad. Vivo o muerto siempre se es, pero este, Blas, como bien sabes, no es espacio para celebraciones. Aquí en Colombia todos los días se recibe a la muerte, la muerte que nunca podría festejarse, la muerte delincuente y violenta. Se convive con ella –no hay un solo colombiano que de alguna manera, directa o indirectamente, no haya tenido

relación con la parca—, no asusta, pero duele. Muchos años de muerte violenta que sí, agranda la carcajada, pero persiste y persiste hasta convertirse en pesadilla.

Es precisamente el término *Violencia* con el que los colombianos y la historia designan esa especie de guerra civil, aquellos años de delitos atroces que produjeron ¿200.000 muertos? entre mitad de los años 40 y mitad de los 60. Violencia fruto de la mentalidad antagónica entre liberales y conservadores que azuzados por los altos dirigentes políticos y gamonales locales pretendían no dejar ni la semilla de los compatriotas que pertenecían al partido político contrario. Diferentes violencias—acciones políticas y militares, terror provocado por mercenarios, persecuciones religiosas, venganzas locales, venganzas individuales, desalojo de poblaciones, extorsión o traspaso de la propiedad— con diferentes protagonistas: el pequeño propietario, el jornalero, el arrendatario, los grandes terratenientes o la pequeña burguesía de pueblos o ciudades.

Escucha, traigamos aquí la crudeza de un vivo relato más de los tantos que todavía podemos encontrar en gentes que sufrieron la Violencia. Es la entrevista que mi querida amiga Viviana Arce hace a la señora Ovilpia Gutiérrez, de 65 años de edad y residente en el barrio El Jordán de la ciudad de Santiago de Cali:

Lo que te cuento es que en ese tiempo pues yo estaba muy pequeña, porque tú sabes, yo nací en el 42 y lo que le escuchábamos a nuestros padres y a nuestra gente de esa época, amigos y de la familia y todo eso, era que en ese tiempo sí mataban mucho por política, que los liberales mandaban a matar a los conservadores y los conservadores igual a los liberales [...]. A nosotros nos mataron unos trabajadores un domingo. Ellos iban a pie todo porque todos eran muchachos que trabajaban cogiendo café, rozando potrero y cortando caña y manteniéndose pues, ordeñando, toda esa clase de trabajos. Era gente pobre, era que en cada ciudad, por ejemplo, por decir en Tuluá, Galicia, Ceilán,



cuando habían cosechas de café ellos sabían y llegaban a los pueblos y allí bajaban los dueños de las fincas a llevarlos. Entonces le preguntaban al dueño de la finca que si era liberal o conservador, entonces si los trabajadores eran liberales no se iban a trabajar con los conservadores y así sucesivamente [...].

Y resulta que yo estaba muy pequeña, pero yo oía, qué te parece, que mataron los trabajadores de don Antonio Moreno, mataron los trabajadores de la Hacienda Santo Cristo. ¿Cómo así? y ¿cómo los mataron? No, pues los mataron a machete y les cortan la garganta, y les sacan la lengua por acá por la garganta y a algunos les cortan los brazos y las piernas y se desangran así. Era la forma en que ellos mataban [...].

Yo tenía como 9 ó 10 años, me acuerdo todavía de Titi, me acuerdo de ellos. Entonces, claro, a nosotros nos dio mucho susto y nos cogimos de la mano mi hermano Hebert, mi hermana Mery y mi persona y nos fuimos de la casa [...].

Ese día mataron 14 [...], pero no mataban como a los jefes, sino que les mataban a los trabajadores. Uno ahora lo piensa, pobrecitos, por qué mataban a los trabajadores, por qué no mataban a los jefes, a los dueños de las fincas que eran los de la política [...] Entonces ya se formó el caos, ya la gente, mejor dicho, ya los trabajadores, no querían ir a trabajar ni a un lado ni a otro, ya comenzaron las fincas en la violencia a decaer y a decaer [...].

Yo me acuerdo muy bien de él, que era muy amigo de ese cura, era una familia Quiceno, el viejo líder de ese pueblo liberal, que salía con toda su gente y hacían esas matanzas tan horribles. Se llamaba Juan Quiceno y él salía con los hijos a caballo, por las veredas, y mataban a conservadores, mataban niños, mujeres, mataban todo lo que se encontraban, igual que los conservadores hacían. Mataban las mujeres embarazadas, era aterrador cómo mataban la gente. Entonces era como una cosa totalmente política, no robaban, no robaban nada. Las fincas quedaban solas y nadie iba por nada, nadie se robaba nada, todo permanecía ahí [...].

Sí, esos tipos andaban más que todo en alpargatas, con una cosa que se llama mulera, que es una ruanita que llega aquí a los brazos, no tenía mangas, le decían mulera en ese tiempo, y pantalones de dril, y pañuelos blancos en la cara, y sombrero. Ellos sí se cubrían el rostro, no se ponían como ahora que se ponen capucha y todo eso, sino un pañuelo grande en la cara. Y después se ponían el sombrero y andaban así y el arma, pues uno les

veía cuchillos, peinillas y ya. Después fue que aparecieron con escopetas. A algunos, en ese tiempo les decían que los pájaros conservadores, que los pájaros liberales, que la chusma liberal, que la chusma conservadora [...].

Tremendo, ¿no, Blas? La Violencia enlaza con las guerras civiles del siglo XIX y hasta hoy en día buena parte de los conflictos sociales, rurales o urbanos, se desenvuelven bajo su signo. Perdona que retome a Daniel Pécaut para que nos lo exponga mejor: “Los raptos, secuestros o asesinatos perpetrados en nombre o no de razones socio-políticas, alcanzan en ciertas ocasiones una terrible magnitud, una de las más elevadas del mundo. Colombia es, por añadidura, el único país de América Latina en que la guerrilla es un fenómeno ininterrumpido desde 1948”. Para explicar su obra, de la que ya te hablé –*Orden y violencia...*– Pécaut se pregunta: “¿Es coincidencia fortuita que la violencia adquiriera tal notoriedad en un país andino donde la democracia civil restringida ha subsistido por encima de innumerables crisis?”. Su propósito es demostrar que no es así, sino que “la violencia es consustancial al ejercicio de una democracia que, lejos de referirse a la homogeneidad de los ciudadanos, reposa en la preservación de sus diferencias ‘naturales’, en las adhesiones colectivas y en las redes privadas de dominio social y que, lejos de aspirar a institucionalizar las relaciones de fuerza que irrigan la sociedad, hace de ellas el resorte de su continuidad”. Es cierto que todavía hoy, y las noticias lo confirman, Colombia parece vivir en una democracia imperfecta que restringe la libertad de sus electores con los sistemas de dominio tradicional, el clientelismo clásico o moderno, la coerción física o el fraude.

La muerte, la muerte de las calacas tristes en aquella época de la *Violencia*, no puedo encontrarla mejor descrita en ninguna otra crónica que en la del poema de Jaime Jaramillo ti-

tulado *Las hijas del muerto*. Jaime Jaramillo Escobar (X-504) nació en Pueblo Rico, Antioquia, en 1932, y esta es su manera directa, irónica, una parodia sarcástica donde ninguno de los partidos se libra de su crítica. Imaginemos a Jaime desnudo, pleno de sinceridad, desenvolviendo un interminable pergamino de crueles hechos anotados, y un rostro bigotudo a lo Freddy Mercury, decorado de humor negro y usando los coros griegos. No puedo machetear el poema, así que te lo transcribo completo.

## **LAS HIJAS DEL MUERTO**

*Quizás por mí la roca y el leño insensible  
hablarán; y el Ángel Mudo hablará; pero yo  
no hablaré. Quizás hablarán por mí las piedras;  
pero yo no hablaré.*

D'Annunzio

Y fueron apareciendo, banderas azules en los caminos. Pendones azules en los árboles del monte. Tremolantes en el hedor de la cadaverina.

Y fue obligado pintar de azul todas las puertas y ventanas de las casas, y la mampostería. Mis abuelos, como eran muy viejos, pintaron hasta el techo y el sardinel. Se asustaron mucho una mañana, cuando apareció una flor roja en su jardín. ¿Ya no estaba el Señor de parte de ellos?

Porque aquél era el tiempo en que los colores peleaban entre sí, el azul con el rojo, que están unidos en la bandera, se había ordenado separarlos.

Y fue obligado lucir corbatas y pañuelos azules y un moño azul las mujeres,

¡Las mujeres de la casa!

¡Estuvimos hartos de trapos azules, tremolantes en el hedor de la cadaverina, cada vez más alto!

Los hombres que fungían detrás de estas decisiones se arrepintieron después y solicitaron el perdón a los muertos para que los vivos concedieran el olvido.

Y el olvido fue concedido en nombre de trescientos mil muertos y enviado por correo en sobre lacrado.

*Tiembla la tierra con la maldición de los hombres.*

*Entre las patas de los caballos nuestras cabezas por el fango.*

*¡Oh, Señor! ¿Dónde está vuestra mirada?*

En la década de los años treinta, persecución religiosa bajo el color rojo. Grupos armados atacan a los fieles en los oficios religiosos. Disparan al altar, a la custodia expuesta. “No se tome testimonio a los menores”, dice el juez. Y el juez usa gafas.

Colombia bajo el ejercicio hegemónico y violento de los partidos. Años 30: albores de la Violencia. Te comento el significado de los colores con la ayuda de Juan Carlos Galeano y su texto *Polen y escopetas*, donde rastrea testimonios de la poesía de la *Violencia* en Colombia. La aparición de los símbolos cromáticos –las banderas– de los partidos políticos en las aldeas campesinas suponía ser una carga mortal. Los liberales asociaban el color rojo con la bandera nacional y los conservadores asociaban el azul no sólo con los colores de la bandera, sino también con el color del cielo y con los de la Inmaculada Concepción.

Época de violencias, de ladrones y asesinos, herederos de las montoneras, herederos del hacha, de la aventura desesperada, habitantes del pantano, de la piedra, engendrados en lo áspero, en lo tortuoso crecidos, fieras con las fieras. ¿Y qué es una bandera, sino una enseña de guerra?

Ejercitados en el crimen, en la trampa mañosa, en todo dolo y angustia y engaño, evidencia de la mala fe, nada tenemos qué celebrar. Celebremos a Bolívar, que no era nuestro, y Bolívar dijo: “Vámonos de aquí; esta gente no nos quiere”. Y dijo también: “Los tres grandísimos majaderos hemos sido Cristo, don Quijote y yo”.

Celebremos, no para engañarnos, sino para engañar.

*Entre las patas de los caballos nuestras cabezas  
por el fango.  
Celebremos. ¡Hay que celebrar!*

No es la guerra. No se enfrentan dos bandos organizados para la batalla. Y aunque así fuera. Es el asesinato a mansalva y sobreseguro, es la emboscada, el ataque alevoso de todos contra uno, el asalto en pandilla a la madrugada. Más tarde será la extorsión, el secuestro, el artero sofisma. Y los asesinos de indefensos niños y mujeres, y de hombres inermes, reclaman el título de valientes y se les concede. ¡Oh gloria inmarcesible!

CORO: “¡Exagera el Narrador, exagera!”

Y la traición. Enumérese la traición. Súmese a la larga lista. Compútese la traición. Nos viene del Oriente y de los ancestros indios, vieja como la especie. Lo más antiguo representamos y primitivo. Lo que tenemos es lo que somos. Pregonemos eso.

Pericoligero en el árbol. Gallito de los pantanos.  
Puercoespín que aceita sus púas.

Y la venganza. Y el odio. No somos un pueblo carente de imaginación: si se le cortaba a alguien la cabeza, se le metían por el cuello las manos cortadas y se exhibía “el florero”. Se abría la piel por el pecho, se extendía a los lados y se mostraba “el murciélago”. En el camino de Urrao se castraba a los hombres a golpes de mazo. El poema no admite más ejemplos. Acudid a las actas.

Personajes ejercitados en el crimen en una guerra de carácter poco convencional por el odio extremo y la mala fe, por su beligerancia alevosa y crímenes contra las familias, por traiciones y venganzas partidistas y personales. *Oh, gloria inmarcesible*, primer verso del Himno Nacional, denuncia vela-

damente los crímenes cometidos por el Estado: la policía y el ejército. Qué repertorio de atrocidades en los cuerpos de las víctimas: el “corte de florero”, cuando también los brazos se cortaban y relocizaban dentro del tronco, junto con las piernas; “el murciélago”, la castración a golpes de mazo. Abundantes y aberrantes prácticas que nos relataba, acordate –ya ves, llana y sin diptongo–, Ovilpia Gutiérrez; prácticas que coinciden con actas e informes oficiales: “el corte de franela”, “la desvisceración”, “el corte de florero”. Actos reales también los que a continuación describe el poema: la emigración de los desplazados y los “arrojados desde aviones. Ametrallados. Bombardeados”. El lanzar a las víctimas desde los aeroplanos fue una de las prácticas de las fuerzas del Estado:

Batas negras vistieron las mujeres. Sus adornos desecharon. Se poblaron las ciudades con los desplazados. Las tierras cambiaron de manos. Las hijas del muerto quedaron en sus casas empobrecidas, declararon el luto permanente, envejeciendo bajo el techo que se desmorona. Sus esposos, sus hijos y hermanos, aprehendidos y conducidos atados. Comidos por las balas en el monte.

*Tiembla la tierra con la maldición de los hombres.*

*Entre las patas de los caballos nuestras cabezas por el fango.*

Arrojados desde aviones. Ametrallados. Bombardeados. Los ríos crecidos arrastran soñolientos cadáveres. En un documento fue extendido el perdón, con el protocolo y los sellos. ¡Mas no el olvido de los sobrevivientes, víctima innumerable!

Cuando una generación de víctimas alcanza sus años, se empieza a formar otra para no interrumpir la tradición de apego a los sacrificios, a la vida innoble, única conocida.

Las hijas del muerto, tristes y rencorosas, tra-siegan en oscuros silencios, desmantelados patios, en la desolación de las horas.

Se cortaba a los muertos la nariz o las orejas y se enviaban en frascos a las autoridades superiores como trofeos para comprobar el mérito de la acción.

Los hombres de Anzá, incluidos los ancianos, de rodillas en la plaza empedrada, recibiendo el flagelo que les habían mandado. El teniente, borracho, gritaba: “¡Hijos de puta, estamos en el infierno! ¿No sabían que estamos en el infierno?”

En fin, principios del siglo XXI y la incesante necesidad de la costumbre:

Muchos años tenemos vividos en el infierno. Como a aquel que reside en las prisiones, nos quedó la necesidad de la costumbre. Como el que habita en los prostíbulos, nos amansamos a la rutina del vicio y a la palidez de último momento, cuando la sangre huye perseguida por un pico de botella.

Odios personales, prácticas macabras. ¿Nuestra Guerra Civil, las más recientes de los yugoslavos, de los países africanos, de...? Yo no sé, de bárbaros y soberbia está lleno el mundo, pero si lo grave, como dice el mismo Jaime Jaramillo en otro de sus poemas (*Los años 40*), “es que lo que se escribe con sangre no se puede borrar”, me alegra pensar que nuestra guerra civil sólo duró tres años.

Cerremos, cerremos el capítulo de la *Violencia*, precisamente con el final de *Los años 40*:

La historia de la época llamada Violencia se ha desfigurado y los partidos tratan de ocultarla, la minimizan, la disimulan, quisieran borrarla,

Pero lo grave, señores, es que lo que se escribe con sangre no se puede borrar,

Se padece eternamente y cada día se agranda ante  
la historia la sombra de sus ejecutores,

Sus nombres expuestos al odio interminable de  
las generaciones.

Si al comienzo de este poema hay una copita de  
fría menta color esmeralda,

Y los libros de los filósofos y de los poetas cam-  
pean en el exordio,

No al capricho arbitrario se debe. Interesados

Están los individuos en sus asuntos propios y en el  
estudio de las artes y las letras, a fin de hacer que predomine el pensamiento civilizado sobre los instintos de la especie.

Pero los bárbaros desde el poder mandaron siempre: “A LAS ARMAS”.

Sin palabras. O, mejor, palabras para cualquiera de los presidentes que gobierne la Re-pública de Colombia. Y así, Blas, ¿qué podemos esperar en un Día de Difuntos colombiano si estos muertos hermosamente vestidos con corte de franela, de florero o murciélago nos visitan?

Un fuerte abrazo,  
Alfonso

P.D.: Si como dices, D.F., la más grande concentración de vivos produce la mayor cantidad de muertos y son demasiadas visitas por recibir, acordate –pronúnciala llana– de lo que Rilke dijo: “Al acostaros, no dejéis la leche ni el pan sobre la mesa: atraen a los muertos”.



## **EL RETABLO INCORRECTO**

Mi querido Alfonso:

Sin palabras, como bien dices. Sin palabras y casi sin ánimo, en ocasiones como ésta, para seguir teniendo fe en el continente que amablemente nos acoge. Violenta violencia la de tu carta que todavía me tiene acongojado y me hace reflexionar. Deduzco que la historia colombiana es probablemente la más excelsa metonimia de la tortuosa historia política latinoamericana que convirtió, a lo visto, el corte y confección en un arte de tortura hasta casi terminado el siglo XX. Recuerda, como ejemplo, las miserias periodísticas de nuestra juventud: Chile, Argentina, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Paraguay, Perú y otros casos que se han desdibujado en mi memoria.

No es comparable, yo creo, la reciente historia política colombiana con la de México. En este país la violencia social permanece, tal y como te conté en una de mis primeras cartas, pero la violencia política se mitigó a partir de los años 30 del siglo xx. Ocurrió después de la Revolución, la de los mitos de Zapata y Pancho Villa, las guerras Cristeras y de la imperecedera victoria electoral del Partido Revolucionario Institucio-

nal (PRI). Sin embargo, nunca dejó de estar presente —desapariciones de políticos, asesinatos de sindicalistas y estudiantes, vinculaciones con cárteles de la droga— y todavía permanecen restos de guerrillas urbanas y rurales, la más famosa de las cuales es el EZLN del subcomandante Marcos en Chiapas.

Violencia social y violencia política, sociedad intimidada y política intimidatoria, el círculo vicioso de la historia colectiva de los latinoamericanos. ¿No te preguntas a veces, Alfonso, cómo es posible tanto desvarío? Ensayos habrá sobre ello, pero no cabe duda de que los males endémicos de esta región ayudan en buena medida a que se haya perpetuado hasta hoy: hablo, cómo no, de la corrupción y la desigualdad social. Desigualdad que las encuestas —ver el *Latinobarómetro*— todavía en la actualidad nos dicen que permanece en la realidad física y mágica de estas sociedades. Desigualdad que está en el origen y en el destino, en el escenario y en las bambalinas de toda clase de ataque ideológico y cotidiano a los demás. Es evidente que la violencia social y la política es una enfermedad sobradamente diagnosticada, y la clase dirigente de estos países actúa como el virus más virulento. ¿Es que no hay terapia que lo cure? Yo me apunto a la que dice un buen amigo mexicano, Emilio: la solución pasa por un ‘libro de estilo’ de obligado cumplimiento para todos los políticos, a lo que acto seguido añade: “o mandarlos a todos a la chingada”. Un manual que ponga rumbo a las expectativas de bienestar, justicia e igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos. Un libro de estilo inspirado en las voces personales y anónimas surgidas de la sociedad civil, escrito con palabras de concordia pero también de fuego y llanto como las de tu Ovilpia Gutiérrez y encuadernado con un espíritu ciudadano más reivindicativo y crítico. Un manual confeccionado con los testimonios del pasado y las esperanzas del porvenir.

Déjame, Alfonso, que te muestre un ejemplo de alguna de esas voces anónimas que deberían inspirar el libro de estilo

latinoamericano: la de los pobres o desheredados de la Ciudad de México. Por cierto, que últimamente andan enojados. La Iglesia mexicana ha propuesto candidatos para la próxima beatificación en Roma y ellos no se sienten representados en ese retablo oficial. Y es que como nadie les hace caso en la tierra, quieren enviar sus propios delegados al cielo. De esa manera esperan tener más despejado el camino al Paraíso, donde parece ser que no hay problemas de subsistencia.

Así, desde los barrios periféricos de poniente, donde viven los más pobres en la escala de miseria social, claman por Santa Prieta Nativa. Es la santa de los indígenas de Distrito Federal, las gentes que hablan lenguas de otras tierras mexicanas, las caras del color de la tierra, confusas y desorientadas por el asfalto, por la velocidad de vivir y morir y por las desesperanzas cumplidas.

Esta Santa nació en un poblado indeterminado de Oaxaca o Guerrero. Hija de una familia de ocho hermanos de los que sobrevivieron a la infancia seis. Sus padres eran agricultores de una tierra dura que nunca se mostraba generosa y donde la comida escaseaba como la lluvia. Inevitablemente, siendo todavía adolescente, Prieta emigró a la Ciudad de México empujada por la llamada de otros paisanos. Allí encontró alojamiento bajo techo de tablones y se dedicó a recoger papeles y cartones para venderlos. Pero un día apareció en la zona una banda que se autoasignó el derecho a todos los materiales de desecho que produjera el barrio y amenazó a los que, como Prieta, se ganaban la vida con ellos. La misma Santa y otros recibieron palizas cuando recogían cartones y les robaban y amenazaban con cosas peores si les volvían a sorprender en labores que, decían, ya no eran las suyas. Los cartonistas, asustados, se plegaron a las condiciones o buscaron otras formas de subsistir. Pero no Prieta. Ella, como

los demás, tenía hambre y también el orgullo de su raza. Así que, haciendo caso omiso de sus vecinos, salió a trabajar... Entonces, el coche azul de siempre llegó y engulló a Prieta y la llevó a un descampado donde sufrió martirio, siendo quemada con sus propios cartones.

Distrito Federal tiene un gran vertedero de basuras, un paraje de colinas multicolores que el tiempo pone gris, como a las muchas personas que allá viven, a sus pies. Y desde allí reivindican al Santo Aguirre de la Colina, el santo venerado por los pepenadores, que es como llaman a los rastreadores de las montañas de desechos urbanos, rostros de bronce que han hecho de las sobras de los demás su medio de vida.

Aguirre nació en las tierras de Puebla, de familia mestiza prieta, muy modesta y con varios hijos varones. Todos emigraron a la Gran Ciudad. Desde el principio se instalaron cerca del enorme vertedero que se pinta como una mancha blanca en los mapas. Siendo él sólo un niño, ya acompañaba a su padre y a sus hermanos en busca de tesoros de latas de aluminio, ropa, aparatos de electrónica y botellas de vidrio que después vendían y así conseguían algunos pesos para ir tirando. Con los años se convirtió en un pepenador experimentado que sabía distinguir a golpe de vista dónde encontrar objetos de valor. Y su saber lo transmitía a los nuevos que se incorporaban a la colina, a pesar de que toda persona y perro que se movía en aquellas sierras de desperdicios eran competidores. Por ello, Aguirre era muy respetado: con él se podían descubrir pequeños “eldorados”. Pero un año que la temporada de lluvias se presentó más dura de lo habitual, el vertedero se reblandeció; su subsuelo se llenó de agua y, otra nueva mañana de sol gris y mojado, la colina comenzó a desplazarse bajo los pies de los pepenadores. Todos corrieron hacia un lugar firme, pero la lenta avalancha atrapó a un niño

que, poco a poco, era engullido tras el sonido de los metales y de sus gritos angustiosos. Miraban atónitos, pero nadie se atrevió a saltar en su ayuda que se adivinaba inútil. Excepto Aguirre. Se le vio rápido, como cuando descubría algún preciado objeto antes que cualquiera. Con gran esfuerzo arrancó al chamaco de la furia del desecho y lo lanzó rodando por la vertiente mientras, momentos después, él mismo desaparecía en las entrañas de la colina de basura en busca de un tesoro más oculto que cualquier otro.

Con la regularidad que marcan los sexenios presidenciales, México se sumergía en una profunda crisis económica y barrios tradicionalmente modestos de la ciudad, aunque no pobres, eran arrastrados por ella al infortunio de los desheredados. Allí hablan en alto de su San Pancho Chaparro, un hijo de la ciudad cuyos antepasados hace mucho tiempo que llegaron al gran valle y asentaron sus raíces en él.

Su padre era distribuidor comercial y había conseguido pagar la furgoneta con la que trabajaba. Cuando Pancho cumplió catorce años se puso a trabajar con él para ayudar a la economía familiar y, además, sacaba tiempo para colaborar en una asociación cristiana que buscaba bienes a las familias necesitadas de la zona. De pronto, un terremoto financiero, de esos que ellos nunca llegaban a entender, les dejó sin trabajo. Así que, como tenían vehículo propio, decidieron recorrer los barrios pudientes del sur de la ciudad en busca de muebles desechados y otras piezas de madera que luego vendían a un almacén de reciclaje. Pancho, mientras su padre conducía, se colocaba en la parte alta del vehículo para avistar las presas en la distancia; además aprovechaba esa superficie para apilar parte del material encontrado. A veces obtenían buenos botines, otras se volvían a casa de vacío. Pero a Pancho esta situación de escasez generalizada, en vez de frenarle en sus impulsos gene-

rosos, se los acentuaba. Cuando conseguía piezas, reservaba alguna a familias que tuvieron que vender sus muebles para pagar deudas, o a jóvenes parejas recién casadas que se veían obligadas a seguir viviendo en casa de los padres por falta de recursos, o bien a ancianos necesitados de leña. Cada vez eran más las familias surtidas por Pancho y, durante los cuatro años que duró la provisión, su fama y estimación fueron en aumento. Cuatro años cerrados bruscamente cuando, camino de los barrios acomodados del sur, un coche saltó su semáforo y la furgoneta de Pancho frenó con brusquedad; entonces él salió despedido del techo de la misma junto con sus tablones y muebles que, al llegar la ambulancia para recoger el cadáver, ya se los habían llevado gentes que los necesitaban.

Debido a esas habituales y bruscas crisis económicas, otras familias de clase media lloraron la desesperación de haberse convertido en ángeles caídos de una vida apacible y de posibles. Y éstos reclaman la memoria perenne de San Cristóbal del Cruce, el santo protector de las gentes del semáforo, los voceadores de periódicos, limpiaparabrisas, payasos, malabaristas, comefuegos, encarados, publi-repartidores y vendedores de toda clase de género.

Cristóbal nació en una familia del Distrito. Cursó estudios de secundaria y pronto consiguió trabajo como administrativo. Se casó, tuvo dos niños y una vida cómoda. Pero la crisis del año 94 le hizo una de sus víctimas: la familia quedó endeudada y le embargaron la casa y el coche. Cristóbal no se hundió, realizó trabajos ocasionales mal pagados, pero siempre mantuvo la esperanza de volver a dar a su familia la posición desahogada que habían tenido. Y luchaba por ello. Finalmente, animado por un pariente, se puso a vender en uno de los semáforos del centro de la ciudad. Ofrecía todo tipo de productos que cambiaban según modas o temporada del año.

Cristóbal tenía mucha personalidad, era un líder natural y, con el tiempo, consiguió que en su semáforo los vendedores se organizaran, acudieran ordenadamente a los coches e incluso se recolectaban ayudas si alguno de los compañeros enfermaba. Tras dos años que sirvieron de ejemplo a muchos semáforos de la ciudad, Cristóbal encontró trabajo asalariado en una oficina bancaria en la que no tardó en prosperar. Entonces era él quien aparecía con su coche en los semáforos y adquiría productos a sus habitantes para que cundiera el ejemplo entre los demás conductores. Se preocupaba de las gentes del semáforo, les buscaba trabajo, les procuraba pequeños créditos para montar negocios y también préstamos con los cuales cubrir sus necesidades primordiales. Pero, en una ocasión, decidió conocer nuevos semáforos y llegó a aquél de un único habitante que vendía vida a cambio de pesos con una pistola en mano. Y Cristóbal, esta vez, no quiso comprar, se resistió... y entonces le regaló muerte.

La Ciudad de México, la urbe con más necesitados en un país con demasiados, habla el lenguaje universal de la penuria. La pobreza, sobre todo, la pobreza latente, está extendida y presente en el paisaje, es tan real que casi desaparece en la omnisciencia, y, tan histórica que el futuro de una parte de su población se acabó ayer cada día. Sus marginados, como los del resto de países, son silenciosos, resignados, pues se saben los descendientes de aquellos innombrados hermanos de Adán y Eva que nunca entraron en el Paraíso, los condenados a vivir en la parte incorrecta del mundo. Sin embargo, Alfonso, tienen una voz que aportar al libro de estilo del futuro mexicano: la de la imagen, el grito ilustrado del retablo que narra historias de su estirpe; y un nombre: el de los santos de su propia vida, a los que buscan acomodo en las ricas hornacinas de pan de oro

sustentadas por las columnas fértiles de uvas, que es lo más cerca que hasta ahora pueden estar de las puertas del Edén.

Un fuerte abrazo,  
Blas



## **DESPLAZADOS**

Querido Blas:

No sé si santos o demonios, pero también aquí podemos advertir las vidas de Prieta Nativa, Aguirre de la Colina, Pancho Chaparro o Cristóbal del Cruce. La vida desorientada de los campesinos e indígenas migrados a la ciudad, la del pobre rebuscador de basuras cargando su saco de tela y enormes lagrimones de petróleo o conductor de chirriantes carretas de madera, la del harapiento limosnero, la de los numerosos y variopintos buscavidas del semáforo, la del niño mendigo que ha caído en las redes de la explotación. Conmovedoras e increíbles vidas que resumes para describir la parte más resignada del paisaje urbano, la de la pobreza.

Te hablaré esta vez del indígena migrado a la ciudad, del rostro de la tierra implantado artificialmente en el asfalto, el rostro reprimido que también ha sabido agruparse, visibilizarse en la ciudad y participar en la política pública. Y de nuevo, como comprobarás –sabes que me gusta ilustrarte con provechosos comentarios de otros autores– utilizaré el estilo académico.

Comunidades indígenas y no indígenas sufren a mitad del siglo xx el fenómeno migratorio, marcado en la América Latina por la consolidación de los procesos de urbanización, procesos asociados a factores económicos como la industrialización y la profundización de las desigualdades sociales que afectaron especialmente a los productores agrícolas, y a factores culturales como el imaginario de “ciudad-bienestar-progreso” que impulsaron la migración individual y colectiva en busca de “un futuro mejor”. En dicho escenario, nos está diciendo Eduardo Albán en un texto que como sociólogo debes leer (*Educación e interculturalidad en sociedades complejas*), la homogeneidad de las sociedades locales y regionales receptoras se vio profundamente afectada por el aumento de los ritmos de crecimiento poblacional y las reconfiguraciones culturales sufridas.

Y en el contexto específicamente colombiano, el mismo Albán incluye además otros factores que aumentan los flujos migratorios:

El siglo xx para Colombia estuvo signado por confrontaciones y guerras partidistas que fueron transformando tanto la estructura de la tenencia de la tierra, como la composición sociocultural de las ciudades y los campos. Estas violencias contribuyeron enormemente a que contingentes de personas buscaran refugio preferencialmente en las ciudades produciendo el crecimiento de las mismas en lo que se han denominado “cinturones de miseria” [...] La violencia “entre 1948 y 1957 produjo dos dinámicas importantes de apreciar: 1) el desplazamiento masivo hacia las urbes, y 2) procesos de colonización hacia el Oriente y la Amazonia en los llamados entonces territorios nacionales [...] Las ciudades se convirtieron en el receptáculo de diversas culturas en su mayoría de campesinos mestizos que las tiñeron con el tinte del mundo rural” [...] Con el surgimiento de los grupos insurgentes, posteriores a la violencia partidista de mitad del siglo xx la confrontación se politizó y se fue paulatinamente radicalizando, incrementando cada vez más el número de familias forzadas a dejar sus lugares de origen. Estas situaciones a lo

largo de la segunda mitad del siglo xx, aunadas al desarrollo de las economías ilícitas y al surgimiento de los grupos de autodefensa, dieron como resultado el más dramático de los fenómenos sociales contemporáneos: el desplazamiento forzado, que en la actualidad representa el primer factor de cambio de lugar en Colombia.

Tenaz el drama del desplazamiento forzado en Colombia, que todavía a principios del siglo xxi sigue latente con ya tres millones de desterrados por enfrentamientos entre grupos armados. Después de Sudán, el país con mayor número de desplazados en el mundo. Un círculo vicioso, pues el desplazamiento sigue concentrado en algunas áreas del país y es manifiesto que las mejoras en seguridad implementadas en ciertos departamentos están soportadas en una intensificación de la violencia en otros. Mientras un departamento mejora en seguridad, otro empeora. Hablando en cifras, 191 municipios de los 1098 que tiene Colombia, concentran el 73% del desplazamiento. Esta es la política de seguridad democrática actual que tal vez sí, como nos recuerda sensatamente la analista política Claudia López, tal vez asegure que las Farc están muertas políticamente, replegadas militarmente y debilitadas logísticamente. Pero el gobierno colombiano no tiene ni la voluntad ni la capacidad de superar la tragedia humana que se vive en el país. Desprecia a los desplazados y a las víctimas de los paramilitares. Tres millones de colombianos que no reciben apoyo, sino sospecha; no reciben reconocimiento y solidaridad, sino estigmatización; no reciben tierra, sino que se la quitan; no reciben apoyo productivo, sino dádivas para sobrevivir. El problema no es que haya un presupuesto destinado a la guerra, sino que éste se lo quita a la justicia y a la inversión social y ni siquiera es eficaz, no es suficientemente vigilado y buena parte se esfuma en corrupción.

Bueno, Blas, perdona por la digresión que espero no te agreda. Como te decía, es en estos contextos que ciudades como Medellín, Bogotá o Cali acogen procesos migratorios de campesinos e indígenas acelerados que traen consigo nuevos patrones de vida y costumbres, tanto para las sociedades migrantes como para las sociedades receptoras. Los migrantes traen consigo historias de pérdida de territorio y de acomodos sociales e implantan en la ciudad su marcado componente cultural, contrastando visiblemente con la sociedad receptora que los acoge. Se experimenta entonces un choque vivencial que fragmenta y replantea sus referentes culturales y sociales y es cuando entran en disputa concepciones opuestas por la apropiación de significados espirituales y materiales, y algunas xenofobias, odios y hostilidades entre el migrante y el receptor ciudadano.

Hay un periodo de adaptación donde continuamente se están comparando los referentes de origen con el nuevo entorno receptor y es ahí donde comienzan a aflorar juicios de valor por los nuevos objetos o nuevas circunstancias de vida, aceptando o excluyendo un entorno que se siente ajeno por el fuerte peso de un pasado ligado a una cultura de significados y códigos que nada tienen que ver con los referentes urbanos.

Dentro de Medellín, los indígenas –quichuas, guambianos, yanaconas, emberas o kunas– se asientan en espacios de ladera, intentando recrear su hábitat original. En estos espacios están avocados a interactuar con grupos o gentes de otras culturas distintas a las suyas, sean grupos de afrodescendientes, mestizos, campesinos u otros grupos indígenas. Giovanni Méndez, amigo y antropólogo de la Universidad de Antioquia, en una de sus investigaciones con cabildos indígenas en la ciudad, me lleva a la casa de Jhonatan Quinchoa, un indígena yanacona. Extraño, respiro costumbres tradicionales en el vestir, prácti-

cas religiosas, artesanales, culinarias, musicales, saberes botánicos ancestrales. Para los yanaconas, las montañas del macizo colombiano, donde todavía mantienen sus resguardos, son los lugares donde moran los espíritus del agua y los páramos y, ante todo, son parte de una gran cobija milenaria que fue urdida con hilos que han sabido resistir al tiempo sin perder su textura. Son un tejido de conocimientos que enlaza permanentemente su pasado con su presente, entramando recuerdos y esperanzas que marcan sus derroteros de vida en cualquier lugar donde se encuentren.

Es una casa propia, construida en guadua, pero también podría haber sido una casa de paja, esterilla, madera o ladrillo, propia o arrendada. Conserva en su interior la memoria tangible de un pasado del cual es difícil desprenderse. En las paredes de sus habitáculos cuelgan fotografías donde aparecen parientes, padres y abuelos que ya no viven entre ellos; la instantánea de una de las reuniones familiares cuando todavía vivían en el resguardo, vestidos con sus trajes de lana y sombrero; la de su último paseo por la laguna sagrada; la foto del niño de chaquilulo –figura propia de un sincretismo religioso entre su mundo indígena y el catolicismo– y la de alguna virgen remanecida.

La cocina adquiere dimensiones proporcionales al tamaño de la casa, dotada con los electrodomésticos básicos de los actuales hogares: nevera, lavadora, estufa de gas y la mesa auxiliar bajo la cual suelen tener una caja de madera o cartón donde crían animales menores. Ahí está el “bongo”, una especie de caneca donde fermentan chicha de maíz, maíz que ellos mismos transportan desde su resguardo o mandan traer con familiares. La mantienen ahí, tanto para su uso cotidiano como para el recibimiento de visitas o acontecimientos especiales. Entre las ollas de aluminio, se sitúan las de barro, utilizadas

para hacer el mote o la sopa de maíz, que no puede faltar en la dieta cotidiana de la familia. En un rincón de la cocina, el pilón y el cedazo con que hicieron la mazamorra que agasajaba la última reunión con los vecinos del barrio. Ya huelo esa mezcla de culinaria ancestral con culinaria propia de la ciudad.

Giovanni habla con ellos durante dos largas horas en la tarde de un domingo abrasador. Prácticamente no abro la boca. En el conjunto de los distintos pueblos indígenas colombianos, la pérdida paulatina de la lengua materna es una característica común. Su escaso contacto en los comienzos de su emigración con otros paisanos y su alto grado de interacción con la sociedad mayoritaria, son algunas de las causas. Prácticamente, sólo las comunidades quichua e inga son percibidas en la ciudad por el uso de su lengua ancestral.

Al volver a casa, en el trayecto relajado Itagüí-El Estadio de la línea del metro, un Giovanni contento me hizo saber de su trabajo con Cabildos Indígenas Urbanos. Desde tiempos coloniales la unión y organización de los pueblos indígenas les ha permitido conocer las instituciones políticas de las sociedades mayoritarias para poder defender sus reivindicaciones, tanto étnicas como sociales. Desde mitad del siglo xx, incluso antes, las comunidades indígenas comenzaron a organizarse fuera de sus territorios de origen hasta conseguir en la actualidad el reconocimiento político como Cabildos Indígenas Urbanos. Conscientes de la importancia de contar con una sólida organización interna para el logro de sus intereses actuales, intentan reforzar las estructuras y cargos del Cabildo urbano como institución.

Conocedores históricamente de las leyes, los indígenas han sabido hacer uso de las mismas. El marco jurídico actual, nacional e internacional establece los derechos que permiten a los pueblos indígenas considerarse entidades públicas de derecho. Los cabildos urbanos, como entidades públicas de dere-

cho especial, dentro de las ciudades, pueden formular así políticas públicas y culturales con autonomía propia y el apoyo de las Administraciones Municipal y Gubernamental.

Los Cabildos han conseguido el reconocimiento político por parte de las instituciones y es fundamental para ellos establecer buenas relaciones con, sobre todo, la Municipalidad. Conseguida su consolidación con anteriores Alcaldías, ahora comienzan a participar en las campañas electorales municipales y departamentales, bien apoyando a ciertos candidatos, o bien, de manera más significativa, lanzándose ellos mismos.

La movilidad regional de los pueblos indígenas les ha permitido conocer las dinámicas sociales e institucionales de distintas ciudades. Su conocimiento de la vida urbana es aprovechado para visibilizarse mediante proyectos culturales conjuntos, o mediante iniciativas individuales. Estas actividades culturales están consiguiendo un arraigo que evidencian su presencia y supervivencia en la ciudad.

Así, Blas –no olvido tu Santa Prieta Nativa, la santa de los indígenas de Distrito Federal–, como ves, nada que ver con las comunidades negras o campesinas, que han tardado mucho más tiempo en organizarse políticamente. La conformación y consolidación de los cabildos urbanos indígenas, el amparo de la legislación, la incipiente organización colectiva y sus propuestas culturales como medio de visualización han hecho de estos aspectos una plataforma para su proyección de mayor calado político.

Hasta pronto. Un fuerte abrazo,  
Alfonso

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**



## **EL CUADRADO SIN SOMBRA**

Querido Alfonso:

Visibilizarse y que te visualicen. Recojo de tu carta esa estrategia que, sin duda, es imprescindible para formar parte de la memoria común y del universo real y simbólico de un país. Si alguien quiere existir se hace necesario estar y participar del mural comunitario, ganarse un hueco en él para no caer en el olvido. Tapices humanos que, en México, bien supieron pintar los “hombres del muro”. Pues hubo un tiempo en el que algunos artistas nacidos en este país dieron vida a paredes tan grandes como edificios. Considerados chamanes del trazo y del color, se dedicaron a cubrir muros, cúpulas y bóvedas de pinturas alegóricas, santificándolas para el recuerdo. Rivera, Orozco, Siqueiros y otros artistas expresaron en imágenes, como nunca nadie lo había hecho antes, la esencia de lo mexicano. Vivificaron las piedras con una mezcla de referentes nacionales y de ubicuidad mítica que han convertido al muralismo en puertas a la intrahistoria de la nación, ventanas al universo comunitario de sus pueblos y mirillas a la conciencia colectiva de su gente. Nadie queda indiferente ante la fuerza

expresiva de estos murales que atrapan al espectador instantáneamente en una vorágine de tiempo y espacio y, si pega el oído a ellos, entonces le cuentan historias.

El más importante de todos los murales que representan a este país no se encuentra, sin embargo, en una pared, no es vertical y, además, está vivo. El mural mexicano por excelencia es el que todos los días se dibuja y pinta solo, y así desde hace siglos, en el Zócalo, la plaza principal de la ciudad más muralista. El Zócalo es el centro histórico de la gran urbe, el referente básico para los defeños, el punto neurálgico para el país, la plaza más grande de América Latina. Es un lugar muy simbólico, por partida doble: ahí, se fundó Technotitlán, la capital azteca, y aquí se refundó, sobre aquélla, la capital hispana. Símbolo del ahí y símbolo del aquí. Símbolo al cuadrado, el cuadrado de la gran plaza, el mural más grande, la mayor metáfora que jamás se haya visto: la representación del México de todos los tiempos y todos los espacios. Los elementos que conforman la esencia de este país reunido en un cuadrado donde nunca hay sombra, donde nada de lo que México es puede esconderse de la luz. Todo mexicano tiene su sitio en este muro viviente y, cuando llega a la plaza, a él queda adherido, siendo obligado a aportar su propio color, textura y significado. Y todo visitante queda perplejo ante la fuerza de este lugar y, si pega el oído a él, le cuenta historias.

... Le cuenta con orgullo cuáles son las raíces del mexicano, las que están sepultadas en el subsuelo de la plaza, la de aquéllos hombres sabios que construyeron una cultura desarrollada que reinó “El Mundo” y que perdieron en un día frente a los enviados de sus propios dioses. Le enseña los restos arqueológicos del Templo Mayor mexicana, allá en una esquina de la plaza, desafiando orgulloso y digno al templo cristiano. Y les hace buscar con la vista, al reclamo de tambores, a los dan-

zantes aztecas: un grupo aquí y otro más al fondo, con sobrios ropajes que dejan ver los cuerpos cobrizos moviéndose bajo los compases rituales, bailando en círculo y acompañando la música con el ruido de las conchas anudadas a los tobillos y a las muñecas. Además, le acompaña e invita a echar de sí a los malos espíritus mediante una limpia: hasta tres o cuatro chamanes se vislumbran en la plaza, quemando, en una vasija ritual, plantas espirituales cuyo humo, debidamente expandido por el cuerpo contaminado, elimina la mala vibra. Y cierra los ojos y siente como el humo acaricia todo su cuerpo mientras el olor le sume en un extraño bienestar con la ronroneante voz de fondo del hacedor de magia blanca.

... Le cuenta con fervor que esa catedral que preside el Zócalo es una de las mayores maravillas construidas por la cristiandad: armoniosa en sus facciones, exuberante en sus dimensiones, bella en sus expresiones. Esa devoradora cotidiana de fieles que los vomita de nuevo a la plaza en una actitud sosegada de cliente de un balneario espiritual. Es tanta la gente que se mueve en su interior que no deja de ser una continuación de la misma plaza, del mismo mural. Caterna de fervores, en sus entrañas hay sitio para todos los santos posibles, para siglos de rezos y de adoraciones. Heredera de las minas doradas, fue diseñada y adornada para la gloria del Dios cristiano sobre los dioses locales cuyos templos sepultó bajo sí misma. Pero, en secreto, se rumorea que éstos juraron venganza y la maldición ya ha hundido más de un metro la catedral, ha obligado a forrar de andamios todo su interior y la ha inclinado hacia su izquierda mientras ella, orgullosa, guarda la compostura.

... Le cuenta con dignidad que en esta nación también existe el sur, que son millones de indígenas que nunca vinieron ni se fueron de aquí, que son mexicanos pero, a lo que se ve, con menos derechos. Y como su palabra no existe la escriben

con grandes letras en mantas blancas que cuelgan de las rejas de la catedral, como queriendo ser bendecidos o poniendo a Dios por testigo, o quizá reclamándole que les relegó a no ser nada. Así, desde que en 1994 nació el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), los guerrilleros del subcomandante Marcos, aquéllos que tuvieron que cubrirse la cara con pasamontañas para que les vieran, ocupan ocasional y pacíficamente un lugar en la plaza y, al grito sordo de la letra que denuncia “para ellos todo, para nosotros nada” durante “la larga noche de los quinientos años”, reclaman su espacio de igualdad y justicia en el mural mexicano.

... Le cuenta con vanidad la grandeza de México, el país agraciado por la naturaleza con sus tesoros, y también la grandeza de su capital, la ciudad más imperial de América. Y le enseña, en uno de los laterales de la plaza, a la izquierda de la catedral, los hoteles de señorial solera, las arquitecturas de cristal con habitaciones para sueños caros que ofrecen balcones privilegiados desde donde contemplar México con bata de seda. Y en sus soportales, los laberintos de oro y plata, las galerías comerciales especializadas en joyas hechas con esos metales preciosos en los que el país es tan fértil. Riquezas emigrantes por siglos, riquezas de todos para destinos perdidos que no han ayudado a México en su sempiterna aspiración al desarrollo. Son los brillos del mural mexicano, brillos que sólo deslumbran en los libros mientras en esta plaza se iluminan encerrados en urnas de cristal blindado.

... Le cuenta con resignación que la miseria es grande como el país y le muestra la cara oscura del orgullo mexicano, las pinturas negras trazadas por la pobreza de cuatro de cada diez habitantes. La penuria que muestran los mendigos, como ese ya viejo, a las mismas puertas del palacio presidencial, delgado y enhiesto con la mano extendida firmemente. Y más allá, sobre el suelo, una familia completa presentando sus respetos a los tran-

seúntes con una caja pequeña, como sus esperanzas, no se sabe si por lo pequeño o por lo vacío. También los indígenas con sus hijos, siempre en plural, que te abordan ricos en suaves formas. Tampoco podía faltar el niño de la calle, huérfano del deseo que recorre la plaza sin prisa y con la inquietud de quien cree que ahí están todos sus destinos. Y se tropieza sin querer con los tianguis, llenos de productos artesanos para turistas, quienes, bajo el folclore, no adivinan un escueto modo de ganarse la vida. Y como ajenos a los demás, esos hombres expertos en fontanería, carpintería, yesería, electricidad o pintura que miran la escena desde una esquina del mural, apoyados en las rejas de la catedral, con un pequeño cartel a sus pies que indica lo que son capaces de hacer para que una casa esté a punto. Así es como esperan reclutamiento al reclamo de sus llaves inglesas, martillos, punzones, destornilladores o brochas: la brocha gorda con la que está pintada esta parte del mural mexicano.

... Le cuenta con respeto que la ciudad más grande, y toda la nación, se han gobernado desde este lugar. Que ese edificio de tres alturas, tan alargado que ocupa al completo uno de los lados de la plaza, es el palacio presidencial: el del Presidente de todos los mexicanos y el de unos pocos. De equilibrada y armoniosa fachada, mira al resto del mural, desde sus incontables ventanas, confiado en la seguridad que le dan los hombres del Presidente. Hombres de autoridad caqui y casco de campaña apostados debidamente en esquinas y puertas; hombres de autoridad marrón y caballos metalizados Harley-Davison rodando su porte caballeresco; hombres de autoridad azul y porras alargadas caminando atentos a los rostros escondidos; y hombres de autoridad fosforescente y silbato grande haciéndose respetar por la corriente de conductores. Y le recuerda que ese edificio fue de Hernán Cortés y antes de Montezuma y después del Presidente que, una vez al año, sale al balcón

principal para tocar la Campana de la Independencia, sita encima de él, y arengar con entusiasmo el amor patrio de todos los pedazos del mural.

Como ves, Alfonso, son historias de orgullo, fervor, respeto, dignidad, vanidad, resignación, texturas y tonos del mural mexicano más vivo. El pintado a diario en el Zócalo, el cuadrado sin sombra, lleno de los personajes más variados de este país que pretenden visibilizarse con su presencia, ritos o con símbolos ubicuos; trazos del ahora y del ayer, del aquí y del ahí. Pasear por el Zócalo es visualizar el alma mexicana encarnada en sus pedazos, los pedazos de un mural sin penumbra que se agarra con fuerza al mástil de la bandera más grande del país, ubicada en mitad de la plaza, como a un pincel que impregna todo del rojo, blanco y verde de la insignia mexicana.

Un abrazo desde el muro,  
Blas

## MUNDOMURAL

Querido Blas:

Ciertamente, ese es el mural por excelencia: la viva representación de una intrahistoria nacional desvelando su alma sin traumas, el zócalo donde el tiempo deposita posos de conciencia colectiva. De ahí, Blas, que, con escasos años apropiándome de miradas y voces ajenas, todavía parezca un extraño topo curioseando en este gran hueco de Medellín. Tal vez mi estancia aquí se prolongue el tiempo suficiente que pueda sumarme al gran fresco americano. Te hablaré entonces del mural como arte y política.

¿Conoces a Pedro Nel Gómez? Pedro Nel –otro nacido un 4 de julio– fue un antioqueño –muy distinto al otro– del pueblo de Anorí, un muralista a la altura de sus contemporáneos mexicanos, esos chamanes como Rivera, Orozco y Siqueiros a quienes, por cierto, conoció personalmente. Toda su vida (1899-1984) la pasa prácticamente en Medellín y, desde la segunda mitad de los años 30, en una colina del barrio de Aranjuez, donde construyó su casa. El barrio de Aranjuez, mirá, donde nació y vivió Faiselly. Ahí, en esa colina por donde nos

sube el tanque-bus, una topografía que en aquellos años le recordaba a Giuliana Scalaberni, la esposa del artista, su Florencia (Italia) natal –fíjate, pronúnciala llana, qué trastornos de la memoria sentimental, similares a los que se producen en mí. Ahí, en la margen izquierda de esa colina que ascendemos destacan las dimensiones y el vivo colorido de una casa que fue a la vez hogar, taller de trabajo, soporte de sus murales y ahora museo. La primera obra hecha en su casa la tituló *Homenaje al pueblo antioqueño* (1940), una pintura mural al fresco, el ocre de la vida y la muerte del campesino y el barequero, el espíritu del matriarcado regional y sus lamentaciones.

Como sabes, el proceso político y artístico vivido por tus muralistas mexicanos fundamentaron en América Latina los movimientos de artistas que promovían un arte americano y nacional. Recordemos algunos principios del *Manifiesto de los artistas independientes de Colombia* de 1944: la instauración del fresco como pintura para el pueblo, su educación artística, el arte necesario para el progreso, el sentir la pintura como americanos; arte, en definitiva, con su propia vida y política. Pero, mientras México utilizó el arte como instrumento político y propagandístico para acabar con la dictadura de Porfirio Díaz, el muralismo colombiano buscaba educar, sensibilizar, crear identidad, conciencia de la historia y la cultura nacional.

Pedro Nel Gómez matemático, urbanista, arquitecto, escultor, pintor, muralista; un humanista concibiendo formas puras, esquemáticas. Ahí va el cono de Juan Antonio Jaramillo, por la orilla del río se pasea el cilindro de Clara Inés Echeverri, cómo se mueve más adelante el triángulo de Andrés Giovanni Restrepo, ¿has visto la esfera en la copa del guayacán?; ah, mirá cómo se alimenta el cuadrado de esa vaca. Es el método de Paul Cézanne, quien concibe un tratamiento geométrico de la naturaleza, el que Pedro Nel utilizó en la representación de



formas y figuras, con grandes planos coloreados y superficies volumétricas con paisajes, grupos humanos y objetos. Uno de sus óleos, incluso, (*La familia y la miseria en las esquinas de la ciudad*, 1945) es de clara asimilación cubista. Ahí está el drama de las mujeres campesinas inmigrantes que llegan a la urbe de Medellín, los rostros de madre e hijo ocultos y cabizbajos por el abatimiento y la tristeza, arrojados a los ojos ciudadanos en una acera cualquiera de la ciudad con el fondo de una pared repleta de propaganda política y social incapaz. No sé por qué, ese método me lleva a recordar un pasaje de *El hombre que fue jueves*, cuando los protagonistas de la novela describen a Domingo, otro de sus protagonistas, de un modo diferente, pero con un elemento singular de semejanza: sólo pueden compararlo con el mismo universo. Es cuando Syme fija sus ojos en un globo errante que, envejecido por la luz de la tarde, parecía un mundo sonrosado e inocente y dice: “Bull lo compara con la tierra en primavera. Gogol con el sol a mediodía. Al secretario le recuerda el informe protoplasma, y al inspector el desamparo de las selvas vírgenes. El profesor dice que es como un cambiante paisaje. Es raro todo esto, pero todavía es más raro que yo también tenga del presidente [Domingo] una idea extravagante, y a mí también me parezca comparable con el mundo”. ¿Qué te parece, Blas, esta asociación, loca? No sé, tal vez estaba pensando en las propias palabras del maestro Pedro Nel, cuando del mundo rescata las artes como un fresco monumental de la dimensión humana:

El mundo que nos toca vivir es monumental en más de un sentido. A prueba han sido puestas nuestras más nobles religiones. La ciencia bajó ya a profundos abismos. Las doctrinas del Estado no han cumplido su gran función con el hombre. El sentido individual o el colectivo están a prueba. La riqueza nada ha resuelto. Mucho dolor y sangre pasa sobre el mundo y sobre el

alma humana. Nos quedan las artes, el fresco monumental, síntesis y razón profunda de la inmensa dimensión del hombre.

En las condiciones históricas y culturales que Colombia y Antioquia vivían a partir de los años 30, cuando todavía se trataban en el arte académico los temas acostumbrados de la historia tradicional, la religión y el retrato clásico, Pedro Nel se impone un cambio frente a esas temáticas en consonancia con las vanguardias modernas del realismo y el impresionismo: escenas de la cotidianidad, la vida y los personajes ciudadanos, los ambientes nocturnos, el paisaje urbano o las máquinas representando los avances de la ciencia. Venite, Blas, venite acá, a pasear las proporciones y el color de este otro santificador del recuerdo que no te dejará indiferente.

Universidades, bibliotecas, museos, edificios públicos y privados y hasta en la estación del Parque Berrío del metro; desde México a Colombia, vayamos viviendo ese gran mural que proponen tus chamanes y mi chamán: la sensualidad del trópico, la industria y el trabajo (el café, la minería, el obrero, la ganadería, los barequeros, la artesanía), la ciencia, la exaltación del indígena, la astronomía, las migraciones, la política, los mitos, la explosión de la flora, la explosión de la montaña. Bebamos los ocho espíritus del maestro Nel: los espíritus religioso, mítico, científico y artístico; los espíritus de la vida y la muerte, de la cooperación y la amistad. Bebamos de los ocho espíritus hasta emborracharnos y multiplicarlos, pues no creo que sean suficientes ni ocho ni dieciséis botellas de aguardiente antioqueño en una noche para poder entender este loco país. El arte de Pedro Nel, eso sí, coherente desde sus inicios, es como el predicado de una oración sin sujeto, todo un homenaje al hombre en un país donde la humanidad parece una utopía. El esfuerzo de los trabajadores colombianos en el mural de sus vidas ¿dónde se ve

recompensado?, ¿dónde el espíritu de la cooperación con unos miserables salarios y un sindicalismo atemorizado?

Un fuerte abrazo,  
Alfonso

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## **CERRADO HASTA EL ATARDECER**

Querido Alfonso:

Bebamos, sí. Vente para acá porque te llevaré a beber, y trae contigo los ocho espíritus de Pedro Nel y hagamos *bola* con todos aquellos que quieran sumarse. Voy a invitarte a unos tragos de tequila reposado en un lugar que frecuentaron mis chamanes muralistas, políticos, revolucionarios, actores, turistas y los cientos de miles de almas vivas y muertas que buscaban y siguen buscando la mística musical.

Ocurre cuando la noche asoma en Distrito Federal, una raza especial de seres nocturnos sale de sus guaridas para acudir a la concentración diaria en una plaza del casco antiguo. Acuden de todo el Valle de México y atraviesan kilómetros de ciudad para encontrarse con los suyos. En grupos de cinco, seis y hasta siete esperan que la oscuridad oculte definitivamente el cielo, mientras afinan sus armas atentos a posibles víctimas. El rumor tenso que respira el lugar se rompe con un grito elevado y profundo que desgarrar los oídos. De nuevo ocurrió. Uno de los grupos ha rodeado a una pareja de jóvenes visitantes. Cercados, éstos enlazan sus cuerpos con los brazos para pro-

tegerse mejor de la tormenta de emociones que el grito charro anuncia en su canción. Así es cada noche en Garibaldi, la plaza de los mariachis.

Las plazas de Distrito Federal sólo existen durante el día; son arquitecturas del sol, cobijos de la claridad que desaparecen, dejan de vivir cuando la noche urbana contamina con su temor la ciudad. Pero Garibaldi sí continúa viva bajo el reinado de las farolas; es una plaza cuyo pulso vital se toma al atardecer, una arquitectura de la luna que refleja la luz cuando la noche y sus pasiones inquietan a esta urbe. Se trata de un lugar ambivalente, con dos rostros. Por el día es un recinto sagrado, a pesar de ser la única plaza del centro histórico que no está presidida por una iglesia. Y por la noche es un ámbito festivo, rebosante de pisadas de la bota del mariachi que hacen olvidar, al aire libre, todo lo que existe fuera de ella.

Cuando el sol activa la ciudad, la plaza parece un panteón y está investida de un aire solemne. Es rectangular y peatonal, de edificios bajos y, en uno de sus lados, está abierta a una arteria importante de la ciudad a la que se accede a través de una imponente columnata duplicada que presume de puerta de este lugar. El centro de la plaza, donde se encuentra un quiosco de hierro forjado para conciertos, está encuadrado por altos pedestales: son las capillas de los mejores cantantes de la historia, los cetros de los más intensos dramas musicados. Se trata de un enclave espiritual único, de un santuario dedicado a la música con la doctrina más humana, la que surge de la relación con una mujer, con el amado, con la madre, con la guerra, la justicia, el orgullo y el honor... Es el territorio de la canción mexicana, el campo de batalla del sentimiento, la tierra santa de la otra religión de este país: la música. La canción mexicana, poesía popular, ha hecho de Garibaldi su lugar más emblemático donde venerar a los grandes poetas charros —otra

forma de referirse a los mariachis por su vestimenta— que en ese mundo han sido. Las arquitecturas del sol de la plaza de Garibaldi muestran, Alfonso, una plaza monumental, venerable, vacía de gentes y plena de reliquias charras para turistas que rememoran viejas películas en blanco y negro sobre las cosas del corazón.

Cumplido el atardecer, en la plaza se encienden los rótulos luminosos de los locales de espectáculos y los mariachis toman posiciones. El espíritu del charro sale de la tumba y ocupa el lugar. Canciones y gritos, resplandores de plata y trompetas, el sitio se convierte en una animada fiesta. Fiesta y mercado. Arquitectura de la noche, Garibaldi toma otra vida, la vida de los mercados mexicanos, el pulso vital del único comercio de la ciudad dedicado a las emociones humanas, el único bazar donde los sentimientos se pueden comprar a golpe de cuerda, viento y voz desgarrada. Los visitantes acuden con el corazón acongojado, roto, enamorado, exaltado, apenado, vacío, patriota, divertido, curioso..., buscando su terapia particular. Los mariachis, a la vista guerreros de las pasiones vestidos de negro y plata, de tierra y hierro, de blanco y oro, son en el fondo comerciantes dispuestos a ofrecerles letras investidas de nostalgias y gallardías, de valor y honor, de amor y desamor, de consuelo y delirio... a buen precio.

Pero vamos, Alfonso, desviémonos hacia ese local que preside discretamente la plaza, el Tenampa, y bebamos, sí. El Tenampa es probablemente la cantina más famosa de México, el templo impenitente de su música. Espaciosa y sobria, con sus santos charros mirando desde los elevados frescos de las paredes, emana el olor de muchos años de eucaristías populares, ritos comunitarios de penas comulgadas en tequila y alegrías confesadas con cerveza. Las mesas llaman y pagan al grupo de mariachis que ese día tocan en el local para que acompañen

al alcohol en la búsqueda de la felicidad. Terapias musicales recomendadas por todos los manuales no escritos de sanidad pública. Así, cuando el mariachi entona la letra de su canción, los clientes aprovechan una pausa de aquella entre una estrofa y otra para, voz en grito, participar y exorcizar penas (*que no se fue porque quiso, se fue porque dejé marchar a la ingrata*) o exultar alegrías (*pa qué vas al baño a arreglarte, no ves que los monumentos están protegidos*). Y el grito desacompañado y espontáneo de toda la cantina apuntilla la sentencia improvisada y la confirma como la mejor medicina.

Gritemos y brindemos con tequila por la amistad, mientras afuera otros grupos atienden a los clientes a pie de calle y diversos puestos de comida recuerdan a los visitantes que no sólo de canciones vive el hombre. Entre ellos hay conjuntos charros que desaparecen, en sus largos coches gringos, contratados en alguna parte de la ciudad para ganar amores, pedir la mano, celebrar enlaces, nacimientos, cumpleaños o amenizar una fiesta. Y también se puede ver a los más atrevidos, los mariachis que saltan de la plaza a la gran avenida y se muestran en el asfalto al paso de los coches, como prostitutas de la música, posando con sus galas y enarbolando descaradamente ante los conductores los instrumentos necesarios a sus pasiones.

La plaza de Garibaldi, lugar sacro de la música mexicana durante el día, mercado de los sentimientos por la noche, templo y mercado, religión y mercancía. Este lugar de Distrito Federal es el reflejo de las dos caras de la música mariachi: la divina y la humana, la que se venera y la que se vende, a la que se rinde culto y a la que se pone precio. Dos caras que no quiere evitar el mexicano. Con la divina alimenta el sentimiento de nación, su cultura y sus tradiciones: esa es la plaza cerrada hasta el atardecer, la que se contempla. Y con la humana alimenta su vida social y su historia sentimental: esa es la plaza



abierta al anochecer, la que se vive. Una música de la que no puede renegar nadie aquí, una plaza de la que no puede prescindir la ciudad. Siempre hay una ocasión para acudir a ella, una fiesta, una guerra, un evento, una revolución, una gesta, una pena, una injusticia, un amor, siempre hay un motivo que rememora en el mexicano la palabra del mariachi, el lenguaje más popular, la poesía más necesaria.

Salud amigo,  
Blas

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## **CELOSÍAS**

Querido Blas:

Me hablas de la Plaza Garibaldi –¡salud, amigo!– y creo que va a ser ella la que me lance a hablarte de esos, recuerda, asuntos de los que ya hace un tiempo me hablabas y a los que quiero corresponderte: la inseguridad urbana, los abundantes puntos de vigilancia existentes, el mercadeo callejero y los símbolos patrios. No los olvidaba.

Pienso en un D.F. monumental y turístico, en una plaza reconocida por los grupos de mariachis que ahí se reúnen, haciendo brillar sus típicos atuendos e instrumentos musicales a la espera de ser reclutados para acompañar una serenata o alegrar la fiesta cumpleaños o quinceañera de turno. Pero Medellín no posee tal espacio para el “guerrero de las pasiones”. Eso sí, plazas y mariachis no faltan. Sólo por hablarte del lugar más cercano a mi domicilio, en San Juan con la 70 –una zona típicamente rumbera y cerca del Estadio Atanasio Girardot–, cuando cae la noche, diariamente, los mariachis, uniformados de sombra como soldados de un interminable toque de queda, salen de casa para hacer guardia en las esquinas

más visibles del lugar. Junto a ellos, los puestos ambulantes de chucherías y cigarrillos, de chuzos y perros, de arepas y tostadas mazorcas; puestos que bajo manga pueden ofrecerte la media de ron o guaro. Alrededor, los pelaítos, vigilantes y vigilados, esperan, con el bareto y la papela escondidos en rincones o plantas de las calles más cercanas, la voz deseante del consumidor o su mirada encendida y dispuesta a prenderse por todo lo alto. Bareto a mil, papela a cinco mil. ¡Música y vicio, siempre a la orden! ¡*Bendito San Juan!*, grita el mariachi que esa noche no pudo trabajar y le dio en forma, ahí mismo, al trago y la guitarra.

Y hablando de pelaítos no puedo dejar de pensar en la cantidad de esos pelaítos de Medallo encarnados por *El pelaíto que no duró nada*, una pequeña novela de Víctor Gaviria basada en el relato de Alexander Gallego; un pelaíto –Fáber– que a los catorce años ya llevaba dos sin estudiar y llegaba a casa “con qué pistolas más recucas”; a los quince ya robaba graneros y motos y tenía ya hasta un cascado; un pelaíto que “lo mataron de diecisiete años y medio, y empezó como de trece en la pomada. ¿Duró qué?: cuatro años así, güevoniando [...] Comenzó como un niño, y murió como un niño. Un niño que mataron por aceleradito”.

En fin, Blas, también podría asegurarte que en ninguno de los pueblos colombianos falta la plaza o el parque con el nombre del Libertador: Simón Bolívar. De pie o a caballo, la figura de Bolívar preside infinidad de estos espacios en un indiferente país por sus símbolos patrios. No creo, como me decías en tu carta *Urbis paternus* de México, que orgullo y colombianidad sean dos palabras inseparables aquí. No creo que orgullo patrio sea aquí un deber y un sentimiento. Banderas tricolor (amarillo-azul-rojo) en un 20 de julio independentista. Banderas tricolor (amarillo-azul-rojo, son las mismas) en un 7 de agosto inde-

pendentista. Banderas tricolor (amarillo-azul-rojo) en un 11 de agosto también independentista. Tres días, pobres actos institucionales dedicados a ellos –por lo menos fuera de Bogotá– y escasas banderas vistiendo los balcones de los colombianos que, cuando en las calles de Medellín les preguntaba por el motivo de las mismas, generalmente no sabían distinguir entre un día y otro. Brevemente te comento –después del “corte de florero” de *Violenta violencia*, no quiero hablar de más floreros– que los sucesos bogotanos ocurridos el 20 de julio de 1810 –el “Grito de Independencia”– son considerados como el acontecimiento fundacional de la República. En la campaña libertadora liderada por Simón Bolívar, la victoria el 7 de agosto de 1819 con la Batalla de Boyacá, fue definitiva para conseguir la independencia absoluta. Y el 11 de agosto de 1813 se conmemora la independencia de Antioquia, que no reconoció por Rey a Fernando VII. Tres seguiditos días que confunden como tres colores juntos que no acaban de entenderse dentro de unas grandes diferencias políticas que dividen al país. Para qué interpretaciones cromáticas, esa decimonónica, pongamos por caso, del amarillo por el amor a los pueblos y su unión, el azul por la separación marítima del yugo español y el rojo por la sangre que defiende la libertad. Para qué, no creo, Blas, que orgullo y colombianidad sean dos palabras inseparables aquí.

Con más de medio siglo resignados a soportar una gran losa de desigualdades sociales, no se puede creer en la clase política que, todavía corrupta, tampoco resuelve el conflicto armado y aprovecha estas celebraciones patrias para captar adeptos al régimen presidencial, dizque ahora, un régimen que se hace llamar de seguridad democrática sólo porque el ejército aumenta los retenes en las carreteras. Es como aliviar la más delgada vértebra de una vasta conciencia, confusa y dolorida. Fijate, –recuerda, pronúnciala llana– que un decenio muy re-

ciente como el de los años ochenta es definido por analistas políticos, como Marco Palacios, como confuso, conflictivo y dramático para la historia de Colombia: los escándalos del Banco Nacional y del Grupo Gran Colombia, el magnicidio de Rodrigo Lara Bonilla, ministro de justicia que persiguió a los narcotraficantes del Cartel de Medellín; el asalto al Palacio de Justicia que recordarás, los ajustes macroeconómicos llevados a cabo por un grupo de tecnócratas, devaluando la moneda y reduciendo el déficit fiscal con la congelación de salarios del sector público y la reducción de inversiones en los programas educativos; movilizaciones nacionales ante el aumento de la pobreza, inequidad y exclusión política, actividades paramilitares, masacres rurales y terrorismo urbano...

Todavía en la década de los ochenta seguía rigiendo la antiquísima Constitución de 1886. La actual Constituyente fue aprobada en 1991 con una de las tasas de participación más bajas en el país (26%), prueba de la crisis institucional y política que se vivía. Se cambia la Constitución de 1886 por una nueva de 380 artículos, entre los cuales se incluyó a la Seguridad Social como principio básico y fundamental de los colombianos. La idea, en el decir resumido de los profesores Álvaro Acevedo y Rigoberto Gil, era acabar con el legado político excluyente del Frente Nacional, debilitar los engranajes clientelistas y encontrar mejores y más eficaces mecanismos de participación y consenso en un ambiente de neoliberalización económica. Pero la nueva y recientísima Constitución del 91 no promovió los cambios que el país requería, sobre todo en lo referente a ajustes estructurales económicos más incluyentes y equitativos. Hoy, sus artículos son más una ruta de principios básicos y derechos fundamentales, que todavía deben lucharse.

No sé, tal vez el Presidente Uribe, cuya popularidad ciertamente va en aumento, ha cumplido con su promesa de mejorar la seguridad del país, pero su habilidad y capacidad política han convencido a los colombianos de que el único enemigo son las Farc y que él puede exterminarlos. Con las Farc, acorde de Claudia López, se justifican desaciertos en todo lo demás: el tratamiento a desplazados, a las víctimas, a la concentración de tierras, al enriquecimiento fácil e inescrupuloso, lícito e ilícito, y al manejo de la infraestructura y los recursos públicos. Para ocultar todo eso ahí están las Farc.

En fin, en fin, en fin. Así, con más de medio siglo forjado de hechos dramáticos, creo que ni banderas, ni himnos, ni celebraciones independentistas, son acogidos con un entusiasmo común que pueda dejar paso ni siquiera a la esperanza.

Plazas y parques con guachimanes permanentes en sus cuatro esquinas. Edificios con vigilancia fija en cada una de sus correspondientes porterías. Guardianes todos con porra y pistola para decorar de confianza el medio ambiente y el descanso hogareño. Centros comerciales con seguridad asegurada a punta de escopeta y televisión. Edificios públicos, bancos y establecimientos donde el uniforme azul celeste que enfunda el colt 45 te da la bienvenida o los buenos días y... *—Buenos días*, responde mi cortesía. Verjas, celosías, este es el símbolo patrio que recorre todas y cada una de las casas de Medellín en todas y cada una de sus calles y carreras.

Paisa como colombiano que vive permanentemente a la defensiva bajo el signo de la desconfianza en las calles: temor a sacar 300, 400 mil pesos en efectivo de los bancos por riesgo a ser víctima del “fleteo”; apartamentos y condominios con sofisticados sistemas de seguridad; cuidadito: no cruzar por zonas consideradas peligrosas, mejor rodear toda la manzana; mejor llamar por teléfono al taxi, pues hacerlo en las calles es

arriesgado; poner la huella digital para cobrar un cheque de baja cantidad; usar el morral al revés –al frente, no en la espalda– para evitar robos y, por si éstos se dan, para no sufrirlos en el alma, no llevar nunca en la cartera más de 50 mil; eso sí, llevar al menos 20 mil, pues si no llevas nada, te dan bala. Paradojas de quien lucha por obtener riqueza con tiempo y esfuerzos y para protegerla de amenazas cotidianas, debe invertir más tiempo, más esfuerzos, recursos y preocupaciones.

La vida violenta de las pandillas de Medellín, nutrida de robos y asesinatos, ha descendido bastante desde la década de los ochenta, pero en la ciudad de Cali, sólo para que te hagas una idea, hay identificadas 70 pandillas –de nuevo los pelaítos– que dejan al año no menos de 100 muertos. Atracos callejeros, asalto a motoristas, buses, taxis o vehículos de transporte de materiales; venganzas y ajustes de cuentas por el control de una esquina. Los del Charco en la comuna 14, la Calavera en la 13, el Cagao en la 7, el Hueco y los Simpson en la 16, los Abuelos y los Areperos en la 15, la Sobredosis en la 20, los del Humo en la 21; jóvenes entre los 9 y los 25 años que son capaces de disparar porque “se pusieron groseros conmigo y tocó darles su merecido”.

Himnos, banderas, fechas patrias de Locombia, victoriosos domingos del Medallo, el Millonarios o el Pasto. Himnos, banderas, fechas patrias de Locombia.

Se hizo tarde. Otro día, Blas, mercadeamos juntos por las abarrotadas plazas de Medellín.

Un abrazo,  
Alfonso



## LOS GUARDIANES BLANCOS

Querido Alfonso:

Acabo de visitar el Santuario de la Virgen de Guadalupe, la Meca de la fe mexicana, que se encuentra dentro de Distrito Federal, aunque en su día fue una colina a las afueras de la ciudad. Y esto me da pie para hablarte de un asunto imprescindible para entender esta ciudad y este país, un asunto tan evidente que casi lo olvido: México es un país católico. Es tan católico que no lo parece. Barroco hasta la saciedad de su propio nombre, deja entrever entre sus exaltadas formas las figuras y las voces de tiempos pretéritos al sentir cristiano. Y como muestra, déjame que te reproduzca esta carta publicada por un periódico local. Es de los ángeles custodios del Santuario y la dirigen al Vaticano.

*Estimados Señores.* Esta carta formaliza nuestra irrevocable decisión de dimitir. El trabajo ya no tiene sentido alguno para nosotros porque no podemos afrontarlo. Nos desborda la realidad, aunque la verdad es que siempre nos sobrepasó. Cuando los cuatro llegamos aquí respirábamos optimismo; éramos nuevos y nos sentíamos respaldados por ustedes. Pero tantos

años sirviendo en esta colina que la gran ciudad engulló, en el Santuario de la Virgen de Guadalupe, y nuestra presencia no ha cambiado en nada la situación. Les diríamos incluso, casi sin temor a equivocarnos, que en esta porción de Distrito Federal es casi imposible conseguir que Dios esté presente. Nosotros hemos fracasado y por eso nos vemos obligados a renunciar.

El lugar que elegimos para vigilar el Santuario fue, sin duda, el mejor. Este espacio santo está vertebrado por una colina con forma piramidal que tiene todos sus edificios en la cara sur. A sus pies, varias iglesias de distintas épocas en torno a una plaza de grandes dimensiones, centro neurálgico que se abre a la metrópoli por uno de sus lados. Y en lo alto, la capilla de las apariciones, el primigenio sitio donde la Virgen de Guadalupe se mostró al indígena Juan Diego. Permítannos recordarles que el atrio de esa capilla tiene un mirador y que en su balaustrada, sobre cuatro cómodos pedestales, es donde hemos desarrollado nuestra labor sin movernos ni un ápice en largos años. Es el más privilegiado puesto de observación de todo el recinto sagrado, una excelente vista de pájaro que no pierde detalle del hormiguero colorista y nervioso que transcurre cada día a nuestros pies.

Están las hormigas que oran: sacerdotes que entran y salen de oficiar, legiones de monaguillos desafiando los caprichos de su edad, curas bendiciendo industrialmente con pulverizadores a la masa de fieles, beatas de jornada intensiva, monjas exhaustas del rezo... Las hormigas que transitan: familias encadenadas a sí mismas para no ser extraviadas, grupos organizados de solidario sentimiento e idéntica visera, penitentes que caminan arrodillados o descalzos ansiando el encuentro, indígenas de coloridos ropajes en los que se adivinan aldeas lejanas, peregrinos de a pie acampados en el avituallamiento

de sus petates, estudiantes guiados hacia la historia, danzantes folclóricos haciendo culto con la música y el movimiento, jóvenes parejas luciendo telas nuevas de casamiento, encorvadas ancianas arrastrando el traje de enlutamiento, solitarios que encuentran paseo, paseantes que se encuentran solos... Y también las hormigas que laboran: vendedores de comida y de estampas santas, de bebida y de objetos religiosos, de dulces y de velatorios, de ropa y fotos marianas, cubriéndose del calor con sombrillas de intensos rojos, verdes y blancos; mercaderes de productos para la carne y para el espíritu que desafían burlonamente los carteles que prohíben vender dentro del recinto sagrado y que se acercan, con desenfado, a las puertas de la Basílica donde se encuentra la imagen original de la Virgen de Guadalupe. Todo el Santuario es un hormiguero vigoroso vestido de colores, luces, sonidos y, desde estos pedestales, nada de lo que pasa en él se ha escapado a nuestra mirada.

En los comienzos estábamos deslumbrados por el evidente sentimiento religioso de este país, tan cegador como la luz de su sol tropical. Deslumbrados por las iglesias rebosantes de fieles en las liturgias: termómetros de la religión actual, la Basílica guadalupana produce fiebre perpetua. Deslumbrados de que las gentes contaminen de espiritualidad sus vidas: tan barrocos en sus formas en general, los mexicanos hacen teatro de la devoción. Deslumbrados del propio Santuario, centro de peregrinación permanente, Meca de la nación: por él pasan cada día miles de personas de todas las etnias posibles bajo una misma fe en el destino. El Destino de los destinos: la Virgen de Guadalupe. Cegados, al fin, por la fe mexicana, tan ejercitada que es musculosa, fibrosa, de competición; tan entrenada que el país rebosa atletas espirituales... Mediofonistas de la devoción que son especialistas en la travesía de la oración y de la acción de gracias; velocistas de la invocación

que están especializados en deslizar sus manos por las figuras santas para sanar las partes enfermas de su cuerpo; maratonianos del autosacrificio, que transcurren de rodillas sobre la extensa explanada pétreo del Santuario hasta agotar su promesa o manda a los pies de la Virgen. Atletas de la fe, al fin, que tienen en la Basílica nueva, el templo más reciente de geometría circular y con forma de estadio, el mejor centro deportivo, la meta más deseada, la prueba con más premios... Estábamos impresionados y con tan evidente fervor religioso nuestro cometido se adivinaba sencillo.

Sin embargo, tras una incisiva observación enseguida descubrimos signos, oímos voces y contemplamos imágenes que nos pusieron alerta. Mercados de iconos religiosos, predicadores que sanan almas y figuras de dioses prehispánicos nos hicieron dudar de la limpieza de la oración, de la pureza de la devoción y de la honestidad de la veneración... Analizamos los puestos abigarrados de íconos, cuadros, cruces, pósters, figuras y camisetas con retratos de santos y de la Virgen de Guadalupe. Hallamos una santidad en exceso que borra la línea del fetichismo: se confunde al santo contenido con la materia continente, la devoción a la divinidad con el culto al objeto divinizado... Escuchamos a los hombres elocuentes que con sus ojos vendados y con un lagarto grande entre las manos se convierten en “uno solo” con él, y adivinan y curan a los presentes sus males del alma, manifestados en la salud, el amor, el trabajo y la familia, mientras invocan a los santos más populares. Hallamos una santidad en exceso que borra la línea del chamanismo: se confunden las fuerzas espirituales con las fuerzas naturales, la invocación a la divinidad con el culto a lo sobrenatural... Examinamos las figuras decorativas de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, el dios azteca de la sabiduría, vomitando cascadas de agua en las fuentes que manan de

las paredes de la colina. Hallamos una santidad en defecto que borra la línea del paganismo: se mezclan las imágenes divinas y las imágenes sagradas, la inclinación a la divinidad y el culto al pasado. Ante nuestros ojos, día tras día, esos puestos abigarrados, hombres elocuentes y figuras decorativas ensucian la oración de dudas, adulteran la devoción de suspicacias e infectan la veneración de sospechas. Bajo nuestros pies, a cada momento se desvanecen las fronteras del fetichismo, del chamanismo y del paganismo en este espacio santo en exceso de irreverentes cultos al objeto, a lo sobrenatural y al pasado.

Pero lo que nos parece más grave es que ha sido permitido por la Virgen de Guadalupe con la que, todo hay que decirlo, nuestra relación nunca fue buena. Jamás escuchó nuestras reclamaciones respecto a sus fieles y su propio papel también resulta desconcertante. En nuestra humilde opinión, el problema es Ella. La Virgen morena y chaparrita está demasiado cerca de los mexicanos, es una santidad en extremo popular que no guarda la distancia precisa con los humanos y difumina su propia divinidad. Está tan cerca que en el Santuario el ambiente es de una evidente familiaridad y no se respira el respeto que le corresponde: Lupita, madrecita, la madrecita Lupita. Está tan cerca que el mexicano practica las peticiones de bienes con desparpajo: una pierna qué curar, un trabajo qué conseguir, un amor qué llenar, un examen qué aprobar, un partido qué ganar, una deuda qué saldar, un objeto qué comprar. Está tan cerca que su imagen se mezcla indiscriminadamente con todo tipo de íconos actuales: grupos de rock, revolucionarios zapatistas, productos de consumo, telenovelas. Es tan cercana que, en realidad, ya no somos capaces de distinguir dónde se separan el espíritu religioso y el espíritu mexicano. Y es que Guadalupe no es solamente una Virgen, es también un concepto de sangre. En esta isla de evidencias la Virgen more-

na es el tesoro invidente de México, la entidad del mestizaje: es el concepto y la savia de lo mexicano, su esencia, el Ser de su identidad. Es la tela más preciada, la imagen misteriosa que no tiene trazos de dibujo, ni plaste, ni barniz: la figura que bajo las formas europeas escondió el sentir prehispano. Y es por eso que la devoción a esta Virgen es mucho más que espiritual e individual, es una devoción social, cultural. Así, tras este descubrimiento, estimados señores, la sospecha que nos rinde es que al Santuario se acude más por mexicano que por religioso; pero ya no somos capaces de discernir y nuestro encargo de velar por la ortodoxia se ha hecho muy difícil.

Además, consideren también que nosotros cuatro nunca fuimos aceptados en este lugar. Llamamos demasiado la atención: tenemos aspecto nórdico, nuestro rostro es anguloso y grave, el largo cabello se adivina muy rubio, la estatura y corpulencia es dos veces la de un hombre, el ropaje demasiado vaticano y las alas recias y grandes como las de guerreros... recios guerreros divinos rubios alados: así es como nos perciben y por eso no nos ven. Nos ignoran. No somos más que güeritos guardianes, blancos usurpadores: estatuas del color de la cal traídas de muy lejos para vigilar lo que ellos tienen tan cercano, estatuas del color de la sal profanando la joya de la nación. Ángeles vaticanos impostores en un puerto franco donde lo divino y lo sagrado es femenino... guadalupano... mexicano, al fin.

Les rogamos, pues, que acepten nuestra dimisión. Gracias.

Como te decía, Alfonso, México es un país católico, tan católico que no lo parece.

Un fuerte abrazo,  
Blas

## **HERMANOS DEL TIEMPO**

Querido Blas:

En el 2010 se cumplirán 200 años de independencia americana. Despacharon al rey, pero no al Dios de los católicos. Evangelización, adoctrinamiento de dominicos, franciscanos, agustinos, jesuitas y capuchinos sembraron en las entrañas de la tierra, la mar y el cielo la tradición religiosa de la Iglesia Católica. Catolicismo como creencia religiosa, como iglesia institucional o como mentalidad, tres conceptos distintos y un solo Dios verdadero. Colombia también es un país católico y en Medellín, te apuesto, la Virgen de los Sicarios –María Auxiliadora– es más católica que la Virgen de Guadalupe. Bajo el mismo Dios te presento este puñado de tierra que dobla al de España, otra congregación extensa y luminosa, esclava del pecado y la sotana. Es sorprendente a todas luces ver en este trópico caminar por las calles una sotana o un hábito de monja. El gesto fue incomprensible al ver por primera vez esas líneas negras y móviles desfilar por la plaza de Santa Fe de Antioquia camino a su catedral. Pero si Dios existe, dentro de la violencia endémica, los conflictos armados y la cegue-

ra intratable de los dirigentes, *si existe* –vuelvo a recordar *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo, como ya hice en otro lugar– *si existe es un cerdo y Colombia un matadero*. Para Vallejo no existe y es cierto, ¿cómo es posible que en un país de infinidad de finitos, el ser humano, finito al fin y al cabo, se pregunte por la infinita divinidad?

Pero feligreses católicos y congregaciones evangélicas o pentecostales desbordan los templos de Medellín: iglesias fundacionales del imperio español como La Candelaria o almacenes de aspecto industrial en estratégicos puntos de la ciudad para dar cabida a la Misión Carismática Internacional, la Casa en la Roca o el Compromiso Cívico Cristiano con la Comunidad. Con la crisis económica de mediados de los años noventa, como unos nuevos desplazados, en verdad numerosos, los fieles católicos emigran hacia otras congregaciones cristianas atraídos por esa teología de la prosperidad que sólo se consigue mediante la generosidad. Pero que no se preocupe el Papa. Colombia es católica. El esfuerzo de los evangelistas españoles en el Nuevo Mundo fue muy superior al de los antiguos Apóstoles. Fijate –pronúnciala llana– lo que nos dice, aproximadamente en la tercera década del siglo XVIII, el Padre Juan Rivero, misionero en los Llanos Orientales del Nuevo Reino de Granada, sobre la situación que tuvieron que afrontar los doctrineros:

[...] De aquí nace que cuando pasan [los misioneros] a estos sitios y ven las dificultades y que para formar un pueblo se necesita una constancia invencible de muchos años; que es necesario aprender su lengua a costa de mucho estudio; que hay que sacar a los indios de las montañas y entrar a cazarlos como fieras; que es preciso vestirlos y mantenerlos hasta que formen sus labranzas; que ya se huyen unos, ya se rebelan otros y que apenas tienen de relaciones la figura exterior; caen con ánimo, supiran por la Europa su patria, o empiezan a poner los ojos en otras empresas, como las de China y el Japón [...].



Si duro el esfuerzo de “convertir infieles”, díganme cómo se cazan indígenas como fieras. Misioneros como actuales empresarios –je, je– que trasladan su negocio a China o establecen relaciones con los empresarios chinos. Similar funcionamiento, ¿no crees?, es el que establecen Europa y Norteamérica con la América Latina, y eso a pesar de su total desconocimiento. Leo en la columna periodística de Tomás Eloy Martínez (*El invitado*), cuando comenta el ensayo de Michael Reid, editor de *The Economist* en temas de América Latina, titulado *El continente olvidado*, que los europeos todavía pensamos que América Latina es un país único y casi se supone que Honduras está al lado de Chile o que son lo mismo. Cuando Margaret Thatcher, en 1992, observó desde el avión que le conducía a Brasil los rascacielos de Sao Paulo, no ocultó su sorpresa: “¿Por qué nadie me habló de esto?”. Lo mismo ocurrió con George W. Bush cuando le preguntó a su colega brasileño Fernando Henrique Cardoso: “¿Ustedes también tienen negros allá?” Los suramericanos saben más del continente europeo que nosotros de América, y todavía en España, puedes creerlo, hay quien piensa que en Colombia se vive con taparrabos. ¡Qué españoles tan salvajes! Pero esta no se puede decir que sea bendita ignorancia, cuando, junto con Europa y América del Norte, esta zona integra el tercer grupo de democracias en el mundo, –con la excepción cubana– y es a la vez el área de más desigualdad de distribución de riquezas. El 10% de los más ricos son dueños de entre el 34% y 47% de todo, mientras que al 20% de los más pobres le toca sólo de un 2% a un 5% y así, cómo no, hasta las democracias más saludables explotan y se corrompen. ¡Hechos consabidos!

Pero volvamos, Blas, a la impronta espiritual que dejaron y siguen dejando las empresas evangélicas, pues una y otra vez me golpea el testimonio que Giovanni Méndez grabó a la

esposa de Jhonatan Quinchoa –indígenas yanaconas– aquella abrasadora tarde de domingo –acordate–, cuando ella recordaba las prácticas de adoctrinamiento por parte de los misioneros católicos. Era el reciente e histórico año de 1968, todavía vivía en el resguardo, tenía seis años y llegó a asimilar a unos de los misioneros con Dios. Desde niños, los indígenas están expuestos a influencias foráneas, de ahí que hayan perdido gran parte de sus creencias ancestrales:

Era a cada rato los misioneros, incluso que ya de tanto meter misioneros, cuando yo tenía seis años llegó a la casa un señor bien simpático, con los ojos azules, barbudo, el pelo largo, crespo, mono, en un caballo blanco, una hermosura de hombre y llegó y yo le decía a mamá: “Mama, mamá, llegó Dios”, y entonces ella decía “venga mijita yo veo”. Y “uy, hombre pa simpático”, y él no sabía hablar casi el idioma y nosotras qué contentas con Dios ahí. Y como había choclo, mi mamá fue y arrancó unos choclos para asarlos, y él “preste yo me los como”, y se los comió crudos. Se quedó en la casa y al otro día hablando todo enredado me decía: “camine me ayuda a traer el caballo”, y él hacía unos sonidos todos raros y llegó el caballo y yo aterrada con tanta cosa. Y después del desayuno se fue y mi mamá le puso pan para que siguiera el camino y él me dio plata y yo contenta decía: “Es un dios”.

Ya ves, como si todavía estuviésemos en tiempos del Almirante. *Aquí*, en América Latina, dice Borges, *somos del mismo tiempo que el tiempo, somos hermanos de él*, y, aunque venga de la nieve y el trigo, ese tiempo *emoción europea de hombres de numerosos días*, me fascinan –también las antiguas historias del Quiché que bien conocerás– algunas recreaciones de mitos chibchas. Mitos, leyendas o fábulas indígenas, se mezclan con relatos europeos, orientales o africanos en una inmensa amalgama que muchas veces encubre el origen de estos pueblos. No puedo dejar de mencionarte, no estaremos lejos, la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* taí-

nos de La Española (Haití) del fraile Jerónimo Ramón Pané, escrita cerca del año de 1500: el origen del sol y la luna, la creación del mar y los peces, la aparición del hombre en las islas, las ceremonias de los sacerdotes o behiques y sus curaciones, el nombre de los dioses y sus atributos, el pájaro inirri cahubabayael que, como pájaro carpintero, crea a las mujeres picando y agujereando en el lugar donde suele estar el sexo de las mujeres de “una cierta forma de personas” que como si fuesen anguilas, los taínos ven bajar por entre las ramas de algunos árboles.

Creencias, ceremonias, mitos, dioses que aparecían en la vida misma del hombre. ¿Imaginas a un misionero español, sin ser ni pertenecer a esta tierra donde se hablaban infinidad de lenguas desconocidas y aislada por dos grandes océanos del bloque cristiano, lo imaginas ingeniándoselas para dar a conocer a sus habitantes a Dios –tal abstracto- y obligarles luego a creer en él?... ¡Colombia también es un país católico!

Un fuerte abrazo,  
Alfonso

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## **EL SOPORTAL DE LAS PALABRAS**

Querido Alfonso:

En esta ocasión te escribo no sólo para abrirte un hueco por el que puedas mirar esta ciudad, sino también como un homenaje a nuestra correspondencia. Y para eso quiero hablarte de otra plaza, la de Santo Domingo. En Distrito Federal es difícil encontrarse caminando bajo soportales; es un elemento arquitectónico más bien excepcional en el paisaje urbano de esta ciudad. Uno de ellos, sin embargo, es muy famoso porque, desde hace muchos años, generaciones de mexicanos con modestas economías han acudido a él para comprar palabras. Es el Soportal de los Evangelistas, donde se cobijan artesanos del alfabeto: impresores manuales y escribanos públicos, supervivientes de otras épocas, que componen las frases, los textos y las letras con las que los defueños conmemoran, celebran o comunican algún acontecimiento importante de su vida.

Estos artesanos prestan sus servicios en la calle, todos juntos bajo el soportal, a la manera de un mercado, con las viejas vigas de madera como único techo y la larga fila de columnas como puertas de sus negocios. Sobrios y acogedores soporta-

les coloniales para sobrias y amables palabras a la venta. A la sombra de veinte columnas toscanas, cada día los impresores y los escribanos ofrecen a los ilusionados clientes frases bordadas para el recuerdo de sus hitos. A la luz de veinte columnas toscanas, los ilusionados clientes saben que encuentran las letras imprescindibles para hacer componenda de sus necesidades. Bajo estos soportales existe, Alfonso, el único mercado popular de la palabra, donde los visitantes letrados se dirigen hacia la parte de las columnas, a los stampadores, para conseguir la tarjeta impresa que anuncia su bautizo, comunión, fiesta de 15 años o boda; y los visitantes iletrados se paran en el lado opuesto, en la pared del soportal donde se apoyan los escribientes, para confeccionar sus mensajes de amor, de amistad, de nostalgias, de salud o de asuntos legales y administrativos. Dos lados de un mismo camino en el Soportal de los Evangelistas: imprentas manuales y manos impresoras frente a frente, papel estampado y papel redactado, palabras para iniciarse y palabras para comunicarse; un camino que se abre a sus lados como un sólo tránsito: el de las letras aplicadas.

Tránsito de las columnas, el recorrido de las imprentas. Perspectiva de columnas y perspectiva de cubículos que parecen confesionarios, aunque algo más anchos y altos, de madera oscura, aspecto envejecido y rematados por una pequeña balaustrada decorativa. En su mitad inferior, las puertas descubren compartimentos donde se guarda todo el material necesario a la impresión. En la mitad superior, las puertas laterales se transforman en estantes para catálogos, dejando a la vista otra pared acristalada a modo de escaparate de modelos de tarjetas; asimismo las paredes centrales desaparecen plegadas hacia arriba permitiendo que todo el hueco interior sirva de mesa de trabajo. Y es sobre ella donde se encuentra la imprenta manual: de hierro forjado y negro, pequeña como la silla de un niño, se presenta a la vista como un nostálgico instrumento de otros siglos.

Cada cubículo de madera parece una hornacina para la pieza de museo que guarda dentro, y la alineación de imprentas bajo el soportal una sala de exposiciones. Pero el gentío que se agrupa en torno a ellas difumina cualquier exotismo arqueológico. Son máquinas que fabrican el devenir con sus tarjetas; por eso los visitantes hablan con los impresores de sus deseos, del evento que van a celebrar y se dejan aconsejar por ellos; por eso buscan entre los modelos del catálogo las frases de sus sueños, el patrón único e irrepetible que recuerde siempre los instantes ahora preparados; por eso quieren componer el texto más cómplice y las palabras con más sonoridad para cautivar y hacer partícipes a los invitados. Son máquinas del pasado que diseñan el futuro, el que se inicia con los ritos personales de inevitable ofrenda religiosa que hay que anunciar.

Tránsito de la pared, el recorrido de los escribanos públicos. Sentados de manera oficinesca y con la máquina de escribir delante de ellos, estos oficiantes populares redactan y leen cartas para los ciudadanos analfabetos, que son muchos todavía. Trabajadores de la letra útil, también ellos son piezas de museo. Ya hace más de un siglo que están sentados allí, apoyados contra ese muro, frente a las imprentas y a escasos tres metros de ellas, escribiendo todas las necesidades y los sentimientos de sus clientes: primero fue a mano, luego en máquina mecanográfica, después en máquina eléctrica de alguna generación ya olvidada y ahora ya se puede ver algún ordenador asustado. Maestros oficiantes de la letra escrita en tinta de cristal, mecánica, eléctrica o digital, para palabras de aire que no saben aterrizar por sí mismas. Sabios populares que el tiempo no ha borrado de la Ciudad de México, se acude a ellos como artesanos de un saber funcional: offician de abogados, de financieros, de asesores, de administrativos o demandantes para las economías domésticas con las despensas vacías

de letras. Pero también se acude a ellos como artesanos del sentir básico, se convierten en poetas o confidentes de amor, pintores del recuerdo, retratistas de la salud y arquitectos de proyectos vitales para esas emociones populares truncadas de signos. Instituidos en un servicio privado para el bien común, los escribanos públicos son el derecho superviviente de los iletrados a la comunicación, son el último recurso de los desfavorecidos del alfabeto a sus propias palabras.

Mientras la ciudad se mueve tensa ante el tiempo y la distancia, nadie está de paso en el Soportal de los Evangelistas. Mercado de artesanía lingüística, su ritmo sólo está marcado por el reloj de los grandes acontecimientos personales. Así, a pesar del poco espacio y la multitud, el ambiente es relajado y creativo porque todo el mundo acude con la inquietud de hacer algo que es esencial para su vida, para su futuro, para sus relaciones, para sus amores, para sus hijos. Nadie está de paso en el Soportal de los Evangelistas. Quien acude a él busca confesores de deseos, carpinteros de pensamientos, escapartistas de sueños, cómplices de ilusiones, impresores manuales y escribanos públicos que venden letras de oro para el modesto cuaderno de sus vidas.

Siento al escribirte, ahora que desde estos soportales contemplo la metrópoli a través de sus gentes; siento que cada ciudad tiene su soportal de las palabras y en ellos hay un hueco para nosotros, donde nos sentiríamos confortables explorándolas y escuchándolas. Vente, venite –como ya me dices– y sigamos platicando, amigo, que aquí también la pronunciamos llana.

Un fuerte abrazo,  
Blas



## **PRONUNCIALA LLANA**

Querido Blas:

Llana como llano es el pueblo colombiano, y salgamos a pasear las calles de Medellín. En el Centro Administrativo de la Alpujarra se levantan los enormes edificios que albergan el aparato burocrático de la Gobernación de Antioquia y el Municipio de Medellín. Es un Centro extenso y ahí, en los alrededores del mismo, circundando un pequeño parque arbolado, se concentran los “evangelistas” de la ciudad, escribanos contemporáneos con una tecnología anticuada para dar respuesta a las exigencias de la sociedad letrada de hoy. Supongo que en menor número y sin la larga tradición mexicana, también aquí están. Son servicios de escritorios públicos: una mesa y una silla por lo general desmontables donde descansan la vieja Olympia o la vieja Olivetti, y el mecanógrafo, rodeado de cierta variedad de útiles para su trabajo, espera la llegada de los clientes. Quien no haya conseguido acomodarse a la sombra natural de un almendro, un arrayán o un matarratón, despliega su sombrilla. Máquinas mecánicas y alguna que otra IBM eléctrica o computador que vaya usted a saber de dónde toman la corriente eléctrica. La mer-

cancia que se vende es el lenguaje escrito. Múltiples formularios, instructivos fiscales, papel de desecho para escribir notas, papel carbón para las copias, hojas de rasurar para raspar las tintas, gomas o corrector líquido, diccionarios, todo un material de apoyo para redactar documentos legales o comerciales: contratos, actas, solicitudes, avisos, cartas de poder o de recomendación, comunicados oficiales, presupuestos, informes, proyectos, facturas, licencias de matrimonio, declaraciones fiscales; o documentos personales: no faltan los trabajos escolares, los relatos o las cartas de amor. El trabajo de los “mecnógrafos” consiste en tomar dictado, copiar documentos, trabajar a partir de modelos, revisar y organizar los borradores de los clientes y redactar. Para todo ello deben escuchar atentamente, dar instrucciones y ofrecer consejos.

Sí, Blas, estupenda postal de ese Soportal de los Evangelistas donde se cobijan los artesanos del alfabeto. Es, como dices, el soportal de la plaza mexicana de Santo Domingo y de ella conozco también la detallada descripción que hace Judith Kalman en *Escribir en la plaza*, un trabajo que intenta contribuir a la necesidad de comprender de una forma amplia y compleja la cultura escrita y sus prácticas. Papelerías e impresores de pequeñas prensas mecánicas de tipos móviles conviviendo con los viejos escritorios y mesas de los escribanos, escribanos cuya presencia en la sociedad defeña es anterior a la llegada de los españoles. Bendita, hermano, tu estancia mexicana. Los tlacuilos aztecas, término que hace referencia tanto a pintores como a escribanos, escribían sobre piel de venado o en largas tiras de papel de corteza. Su sistema de escritura se basaba en el uso de glifos o ideogramas y se ha documentado la tendencia a utilizar algunos de estos símbolos como fonogramas. Escribanos profesionales cuyas funciones estaban muy relacionadas con la vida religiosa, siendo muchos de ellos de la clase elitista de los

sacerdotes. Tlacuilos que se especializaban en ramas específicas del conocimiento: registros de tributos, procesos judiciales, dibujantes de mapas o fronteras, calendarios religiosos, herbolaria y astronomía o el registro de acontecimientos históricos. Y, como bien sabes, algunos de los pueblos indígenas (mayas, aztecas, mixtecos o zapotecos) creaban códices, textos escritos en largas hojas de tela o corteza plegada o enrollada, que algunos autores de la Conquista como Bernal Díaz del Castillo llamaban libros. Desde el comienzo del dominio español, los escribanos estuvieron presentes en la naciente burocracia y trabajaban en la Plaza Mayor.

Tengo que verlos, escuchar el rumor cotidiano de la Plaza de Santo Domingo y escuchar a esos escribanos contemporáneos a quienes durante muchas generaciones se les conoció con el nombre de “evangelistas”, probablemente, leo en Kalman, en alusión al uso de la epístola por parte de los apóstoles cuando escribieron el evangelio. La misma autora retoma un pasaje de *La vida en México en 1810*, escrito por González Obregón, que te hago llegar. Era cuando los “evangelistas o escribientes del pueblo” se ubicaban en otro portal, el Portal de las Flores, y pendoleaban lo mismo en prosa que en verso:

Muchos de aquellos evangelistas [escribe González Obregón] sentábanse en un banco, frente al Real Palacio, cubiertos con las sombrillas improvisadas, caladas las gafas en las narices, escribiendo en una tablita sobre las rodillas, teniendo a su lado el canino compañero y la canasta con el papel, la tinta y los demás chismes del oficio.

Junto veíase a la clienta de falda blanca y rebozo colorado de bolita, narrándole sus cuitas, sus celos, sus amores mal correspondidos, acompañados los relatos de iras y de lágrimas, de ademanes elocuentes, que daban el tono para que el popular escritor, trasladase al papel, timbrado “con un corazón atravesado por una flecha”.

Hermoso, ¿no? En Perú (escribanos), en Irán (mirzabenevis: escribas, o námennevis: escritores de cartas), en la India (sarkari ahikari: notarios, o typist: mecanógrafos), en México D.F., en Medellín, en Cali, donde también he visto estas prácticas de lengua escrita a través de intermediarios, agentes de la escritura trabajando en las cercanías de las oficinas municipales o gubernamentales; o en cualquiera de los lugares donde podemos encontrar estas prácticas, el diálogo entre escribano y cliente establece unas relaciones entre ellos mismos y otras personas: ideas, creencias, conocimientos acerca de la escritura, suspicacias, propósitos, el tema de su discurso, puntos de vista sobre el documento que se está escribiendo, su finalidad, sus usos potenciales, los públicos a los que se dirige. Se vuelve visible —lo dice Kalman— lo que normalmente no alcanza a verse cuando alguien responde por escrito a una determinada situación: el porqué y el cómo de las decisiones que tomamos cuando optamos por representarnos a través de la escritura.

Y representados quedamos aquí, amigo, como dos extraños topos en los huecos de tu México D.F. y mi Medellín.

Pero no puedo despedirme sin darte a conocer las calles que realmente me son familiares. También en ellas —recuerdo tu tránsito por los tianguis mexicanos— “son las plazas lugares de fiesta y en la algarabía de los vendedores de fruta olvidados dioses hablan”. Sí, en esta soleada mañana, tomemos la mano de José Manuel Arango y que él nos guíe, porque esas calles son las que quiero que conozcas. La calle que nace de un son de flauta y a veces tiene nombre de batalla, el “repetido naufragio de los parques”, el mercadeo donde, “entre sus jaulas el vendedor de pájaros vocea la lengua de los vencedores”, las calles desiertas donde alguien vagó toda la noche maldiciendo, las que “son las líneas de una mano abierta”, la plaza donde todavía vive la figura del “ciego con guitarra”, esos

sitios familiares fuera de la casa: “un trueno en la montaña, súbito/ y después el silencio filoso de los sueños/ es la misma calle de siempre, los sitios familiares/ qué extraños sin embargo de pronto como/ apariencias de un helado país de muerte”. Es esa la ciudad, Blas, que quiero que conozcas, “la ciudad levantada sobre huesos y huesos”, la definida por el poeta y amigo: “Ciudad:/ la sombra del soldado se alarga/ sobre los adoquines”.

Pronunciala llana, mi querido Blas, como llana –sin jugar a rayuelas– la pronuncias en tus cartas, llana la pronuncia el pueblo colombiano, y llana la pronuncia este escribano, quien más adaptado a la paranoia de esta selvática nación, ya se encuentra rayadito.

Un fuerte abrazo,  
Alfonso

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## CONTENIDO

Extraños topos.....	9
Galaxia Distrito Federal. ¡Bienvenidos! .....	13
Medellín. La estrella más inquieta.....	19
El monstruo en el hueco.....	25
Aburrae ciudad.....	33
Urbis paternus .....	41
La tribu de los paisas.....	47
Los tránsitos del arco iris .....	55
Transportando Jaramillos y Restrepos .....	59
La sonrisa de la calaca .....	65
Violenta violencia .....	71
El retablo incorrecto.....	81
Desplazados .....	89
El cuadrado sin sombra.....	97
Mundomural.....	103
Cerrado hasta el atardecer.....	109
Celosías .....	115
Los guardianes blancos .....	121
Hermanos del tiempo .....	127
El soportal de las palabras.....	133
Pronunciala llana.....	137



## Programa Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez  
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227  
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>  
[programa.editorial@correounivalle.edu.co](mailto:programa.editorial@correounivalle.edu.co)

**¡ S i g u e n o s !**



programaeditorialunivalle